

REVISTA CIENCIAS SOCIALES

Volumen II

Números

7-8 ✓

1978

ESTADO y CLASES

SOCIALES en

AMERICA LATINA (II)

Universidad Central del Ecuador
Facultad de Jurisprudencia
Escuela de Sociología

Dr. Milton Roman Abarca Decano
Dr. Daniel Granda Director

Revista Ciencias Sociales

Revista Trimestral
Precio del ejemplar 80 sucres
Número Doble 120 sucres

Dirección Postal:
Biblioteca de la Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador,
Ciudad Universitaria, Quito. Ecuador

Suscripción Anual:

Por correo ordinario Ecuador	250 Sucres
Europa, Canadá, EE. UU., México y Centroamerica .	20 Dólares
Sudamérica	16 Dólares

Cualquier aclaración sobre suscripciones y canjes dirigirse, por favor,
a nuestra Dirección Postal.

Para su publicación, los artículos deben enviarse al Director de la Revista,
Villalengua 1410, Quito. Ecuador.

CORRESPONSALES: Eduardo Archetti (Países Escandinavos), Eduardo Serrano (Cuba), Luis Borchies (Suecia), Fernando Ossandón (Perú), Segundo Moreno (Alemania), CESEDE (Francia), Raúl Iriarte (Chile), Daniel Camacho (Costa Rica), Mario Posas (Honduras), Percy R. Vega (Guatemala), Raúl Leis (Panamá), Angel Quintero (Puerto Rico), Virgilio Godoy y Reyes (Nicaragua), Jean Casimir (Trinidad-Tobago), Cary Hactor (Canadá), Pablo Estrella (Cuenca), Rubén Calderón (Machala), Edda Olivo Rossi (Padua, Italia), Tulio Halperin Dongui (San Francisco, EE.UU.), Francisco Vergara (Chile).

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador



Director de la Revista: Rafael Quintero

Consejo Editorial: Gonzalo Abad, Iliana Almeida, Alfredo Castillo, Agustín Cueva, Martha de Diago, Esteban del Campo, Manuel Chiriboga, Daniel Granda, Andrés Guerrero, Nicanor Jácome, Ana Jusid, Juan Maiguashca, Pablo Mariñez, Enzo Mella, Alejandro Moreano, Ruth Moya, Gonzalo Muñoz, Miguel Murmis, Lautaro Ojeda, Simón Pachano, Arturo Roig, América Ruiz, Napoleón Saltos, Dora Sánchez, César Verduga.

ESTUDIOS

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HISTORIA DE BOLIVIA (1932 - 1971)

René Zavaleta M.

El amor, el poder, la guerra. En eso consiste la verdad de la vida. Pues bien, fue en el Chaco, lugar sin vida, donde Bolivia fue a preguntar en qué consistía su vida. Aquí, donde el propio tuscal se retuerce, tal silo seco se hubiera convertido en dolor, es donde ocurrió la guerra, punto de partida del período que hemos de analizar pero también de toda la Bolivia moderna. Boquerón, Nanawa, Picuiba, Kilómetro 7, Cañada Strongest, dejan de ser topónimos inertes; ahora contienen sus propios muertos. Nombres vivos para todo el mundo. Es como si solamente allá la historia hubiese perdido su propia rutina y no hay duda de que entonces, sólo entonces, aprendieron los bolivianos que el poder es algo por lo que se debe matar y morir.

I.- LA MEMORIA HISTORICA

La guerra, desde luego, era evitable. Cualquiera que fuese el grado de abigarramiento de los títulos enseñados por las partes, cualquiera el grado de gravedad de los incidentes previos a la guerra misma, en cualquier forma, parece evidente que habría sido posible convenir una solución arbitral. Es una mala política de Estado pensar que la única salida para todo es la imposición total del principio que uno mismo sostiene. ¿Por qué, en efecto, los dos países más pobres de la zona tenían que lanzarse a una aventura tal? Era como si la sintieran una obligación hacia sí mismos, acaso porque suponían que lo único que les quedaba era su honor. La negociación era lo que pedía la lógica pero no eran lógicos los hombres que debían pensar la negociación. El arbitraje habría sido posible pero sólo si se hubiera tratado de países no

sometidos a semejantes presiones emocionales, acumuladas y no racionalizadas jamás. En esto, que parece casi la voluntad de destruirse, algo nihilista y misterioso, quizá donde haya que tentar una explicación no sea en el razonamiento coetáneo a los sucesos sino en la carga que lo condicionaba, es decir, en el fondo histórico de los dos países. Después de todo ¿acaso no es verdad que había sido Asunción el centro de la colonización del Río de la Plata entero y después, en el tiempo republicano, ya el Paraguay, un país modesto pero también progresista y armónico, comparable en ello al Chile de entonces pero de una manera quizá más saludable? Hay en esto un desencuentro. Los historiadores ven a los países desde la perspectiva del presente y no yerran por fuerza en ello porque la cosa se conoce en su remate; pero cada país, en cambio, se ve a sí mismo con los ojos de su memoria. Que el país como tal estanque su conocimiento en un momento de su pasado o que lo mistifique carece de importancia sustancial porque aquí lo que importa es que es lo que cree que es. El componente de la memoria colectiva en la ideología es, sin duda, algo más importante de lo que se supone por lo común.

Otro tanto ocurre cuando se piensa en el virreinato del Río de la Plata, en teoría el marco de referencia al que debía remitirse Bolivia en cuanto a sus orígenes políticos. Suele darse por sentado que el centro del virreinato, estuvo siempre en Buenos Aires. Lo cierto empero es que no fue Charcas que se constituyó con relación al virreinato sino al virreinato que se constituyó fundándose en Charcas. El virreinato de Perú estuvo formado por dos audiencias y la de Charcas reunía las actuales Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Ya en el virreinato, cuando se crea otra audiencia en Buenos Aires, en la de Charcas permanecen la mitad de las provincias y la mayor parte de la población. La zona entera, por lo demás, vive de Potosí y se refiere a él.

II.-DECADENCIA DE CHARCAS Y EL PARAGUAY

Se trata por tanto, en ambos casos, de países cuya importancia relativa en la zona no había hecho otra cosa que decrecer de continuo. En la sustitución de una economía de estanco, asentada en los centros interiores como derivación de la avidez por los metales preciosos, por una economía asentada en la periferia comercial de los puertos, al servicio de la fase expansiva del comercio inglés, ambos países resultaron perjudicados por el nuevo orden de colocación de la América del Sur.

Paraguay, por lo que se sabe, aunque con un conocimiento circuido por las exultaciones, era sin duda una de los centros más interesantes entre los que giraron en torno a la economía de Potosí. Al separarse de las Provincias Unidas (o de la Confederación, como hubiese preferido decir, Francia) era sin duda una provincia más poblada que las demás, considerada de modo individual. Era un país construido bajo la modalidad de las misiones de los jesuitas y, por tanto, el peso de un sector terrateniente señorial era aquí insignificante en tanto que el dominio de principio sobre la tierra no tardó en corresponder al Estado. Los dictadores - Francia y los López - ratificaron el es-

tatuto que venía de los jesuitas y lo desarrollaron a su manera, con lo que diéron lugar a una república despótica y paternalista pero también más igualitaria. Las noticias que se tienen del país anterior a la guerra de la Triple Alianza hablan de un cierto bienestar en la vida de las gentes, de un analfabetismo en todo caso más bajo que en cualquier parte del subcontinente y se sabe que el Paraguay estuvo entre los primeros países que tuvieron ferrocarril, el primero en tener sus propios astilleros y su propia industria militar. Aunque todo ello tiene que reducirse, como es natural, a las proporciones de un país pequeño y aislado. Era, a la vez, un país que había sido clausurado por los dictadores no sólo para toda gente extraña sino también para el comercio inglés. Los avatares de la apertura del comercio paraguayo son los que dieron lugar a que las nuevas capitales del comercio de los ingleses en la zona. Buenos Aires, Río de Janeiro y Montevideo, organizaron la guerra de la Triple Alianza, saquearan el país y produjeran una suerte de catástrofe demográfica particular de la que el Paraguay no se repuso jamás.

La historia de Bolivia del siglo XIX es diferente pero sólo para llegar a un punto semejante. Como país mismo es resultado de dos hechos: de la crisis del azogue, que era resultado del bloqueo inglés de Bonaparte, y de la feroz guerra de las republiquetas o facciones (las guerrillas, que abarcaron todo el país), que duró quince años, entre 1809 y 1824. Con la crisis del azogue, la economía de Potosí, que ya estaba en descenso, acabó de arruinarse y el mismo virreinato, que se había organizado en torno a Potosí, perdió nexos concretos con las provincias llamadas altas y la violencia de la guerra, en lo fundamental, se ocupó de que los gobernantes porteños, con Rivadavia a la cabeza (habida cuenta de que toda la historia de la Argentina en el siglo XIX y quizá algo más no es sino el desarrollo de las ideas europeístas y racistas de Rivadavia) vieran como algo indeseable su permanencia (de las llamadas Provincias Altas) como partes de la Confederación. Eran, por cierto, provincias que, con más población que las demás, no podían sino potenciar de un modo ostensible a las del norte que, por otra parte, no irían a ser reducidas al poderío de Buenos Aires sino en la segunda mitad del siglo.

Bolívar, como lo prueba su correspondencia con Sucre, no podía comprender que la misma capital Buenos Aires - que había mostrado un tan grandes desinterés en estas provincias que, sin embargo, eran las que guardaban la frontera independiente del resto del virreinato, enseñara a la vez un interés casi apasionado por su separación. En suma, Alvear, en nombre de Buenos Aires, negoció con Bolívar que lo que se llamó al fin de la colonia el Alto Perú (Charcas, en rigor) no fuera parte de las Provincias Unidas. Contrariaba esto el propósito del país que había recibido a Sucre con la bandera azul y blanco de Belgrado; pero Bolívar, dictador del Perú, es decir, de un lugar que nunca había perdido su olor filohispánico, sintió entonces acaso por primera vez, su grancolombianismo y decretó (vease la correspondencia otra vez) que era indeseable la formación de un enorme país fronterizo con la Gran Colombia como el que sería fruto de la unión del Alto y el Bajo Perú. Pero era algo que nadie quería y si Buenos Aires, que al fin y al cabo había sido un poderoso centro revolucionario, veía con recelo el genio desacatado

de las facciones altoperuanas, Lima había sido ya con dinero, armas y sentimientos, el lugar desde el que se las perseguía. Lima era por tanto en la práctica, una tierra independizada contra la voluntad y el Alto Perú, es decir, Charcas con la oligarquía de los azogueros arruinada y con cien republiquetas instaladas en la violencia de una geografía invencible, constituidas por una suerte de democracia directa de guerra y dotada de logística autónoma, un conjunto político - territorial sin núcleo hegemónico, incapaz de resolver por sí mismo la cuestión de su poder político. Los mismos altoperuanos que con paz de conciencia habían levantado la bandera de Belgrado a la llegada del ejército de Bolívar, tuvieron que resignarse, no sin cierta perplejidad, a ser un país independiente.

III.-DOBLE CARACTER DEL PAIS

Aún así, los hechos mismos podrían haberles advertido (si hubieran sido hombres prudentes, pero la clase dominante sólo tiene hombres prudentes en el momento de su gloria, es decir, en su reciente dominación) que algo estaba cambiando en lo que ellos pensaban como la naturaleza de las cosas. Con esto quizá queremos justificar, pero a *contrarii*, el cierto engrimiento o injustificada seguridad de sí misma con que nacía esta república, sin embargo destinada a sufrir todas las inseguridades del mundo. Pero era una seguridad que no le venía de sí misma y en esto debemos ver una paranoia que se repetirá después si es verdad que la paranoia contiene una ruptura entre la inteligencia de las cosas y la sensibilidad de las cosas. Las facciones mismas o republiquetas (ellas se llamaban a sí mismas facción o montonera y en su grado más popular los "cuicos", es decir, escurridizos como un conejo silvestre; los españoles las llamaban republiquetas) estaban mostrando una inexplicable y a veces atroz capacidad de resistencia (puesto que no fueron vencidas jamás por nadie) pero también el carácter centrífugo del poder que preparaban (lo que explica el apelativo de republiquetas). Mucho después Tamayo verá en esto la aplicación del carácter indígena a su condicionamiento ajeno. (1) Por otro concepto, pues allá el jefe era nominado por los combatientes y la logística está dada por los indios, puesto que la existencia misma de la facción significa, por la vía de facto, (aunque no por su aceptación como legalidad), que los patrones no ingresan a la posición de los patrones, se trata de una guerra de masas con todas las características de las guerras campesinas clásicas: gran resistencia, baja capacidad de victoria. Para los aficionados a las comparaciones, Toynbee digamos, las semejanzas entre la formación de la guerra tupamara y la de Munzer será siempre la de una aproximación inexplicable. Esto se heredará en la república y se hará una suerte de carácter de la nación. Será un país con una gran capacidad militar en sus masas, invencible siempre en lo que Tamayo llamará su "home" central, pero también, reproduciendo algunas de las limitaciones del poder político incaico, un Estado incapaz de librar guerras exitosas fuera de dicho hábitat. Será, por otra parte, herencia de la facción, de los hábitos democráticos instalados en las masas, la patria de lo que Arguedas denominará los "caudillos

1) Véase "La Creación de la Pedagogía Nacional", La Paz.

bárbaros” y la “ plebe en acción”. Puede explicarse aquí la gran distancia que hay entre dos países sin embargo semejantes como el Perú y Bolivia. Es aquí donde se dan los sellos de la naturaleza social del país.

IV. ENGREIMIENTO DE CHARCAS

La catástrofe de la plata dará fin a la oligarquía de los azogueros y eso significaba que era un país que nacía aislado del mundo, de un mundo al que por otra parte, había ocasionado. Será por consiguiente un débil Estado que tendrá que vivir casi hasta el fin del siglo XIX (por lo menos hasta el cuarto final de ese siglo) de las contribuciones indígenas, lo que significa que será un Estado en guerra perpetua con su propia población.

Los doctores de Charcas, que fueron los recipientes de la independencia, no pensaban, empero, en nada de esto. Pensaban en las glorias de Potosí, en su esplendor; se sentían como un centro de las cosas, no se convencían por razón alguna de que habían quedado a un lado ni aun cuando los porteños se lo decían en la voz más alta posible por medio de Alvear o de Anchoarena o de cuantos habían tratado la cuestión. La vanidad con que Charcas pensó en la independencia, su engolamiento y autoadoración sólo puede explicarse como la patología de una clase superior que no había trabajado jamás, que se había acostumbrado a ser un eje de las cosas porque sí. La plata de Potosí y la servidumbre de los indios enfermaron al país y lo que se podía pensar como su contraparte humana no tenía capacidad de concretarse como poder por parte alguna.

V. PROYECTO DE SANTA CRUZ

Tal infatuación, pues es una infatuación la conciencia postergada o creer lo que no es más, se manifiesta bastante bien en el primer poder político “boliviano” que existe, con Santa Cruz, una vez que se retiran los colombianos. En la conformación de su mito están la línea de su estirpe, que hablaba por sí misma de una reminiscencia del Imperio de los incas (pues era un Calahumana) en un momento en que, como lo prueba el monarquismo de Belgrado, eso tenía cierta convocatoria, su pertenencia a la casta clásica de la dominación local y los consiguientes hábitos naturales del mando pero sumados a una buena carrera militar y a un temprano genio administrativo. Pero una cosa es el mito *a posteriori* de Santa Cruz y otra lo que Santa Cruz pensaba como proyecto de sí mismo para la tierra suya. Aquí lo que se intentaba en lo fundamental, era la reconstrucción oligárquica de “la zona clásica de los barullos”, como la llamó Moreno, que se había hecho democrática y plebeísta en las emergencias bárbaras en una guerra que no parecía tener fin. Con un proyecto conservador en lo interno, para suprimir el hábito democrático de las masas, y restaurador en el principio, incluso de las modalidades comerciales del monopolio español, Santa Cruz toma desde dentro el Perú, dando un proyecto nacional a un país que no lo tenía, e intenta hacer lo mismo con las provincias del norte argentino. Hay en esto, sin duda, aunque se ha querido ver en ello un intento de restauración del Imperio de los

incas, más bien la restauración de un eje perdido, la aplicación del centralismo de provincias -Charcas- que habían dejado de ser centrales. Portales y Rosas, cuyos propios proyectos nacionales se parecen en más de un aspecto al del propio Santa Cruz, destruyen esta tendencia fundada en una representación obsoleta de las cosas y por eso, en la derrota de Santa Cruz, hay que ver la imposición del nuevo eje económico, que pasaba por Valparaíso y Buenos Aires sobre el viejo centro de Charcas - Potosí; pero, además, aquí se inicia la política de clausura del país boliviano que no ha de tener conclusión geográfica llana sino con la guerra del Pacífico.

Es cierto que Santa Cruz mismo desertó de sus ilusiones proteccionistas y siguió una política pro inglesa y librecambista en la segunda fase de su gobierno, en el Protectorado mismo; pero los ingleses, aunque Palmerston y casi todos los personajes de la época tenían un gran respeto por este hombre coherente en medio de un carnaval de libertos, no tenían porqué preferir a un gobierno que casi no tenía más que ofrecer que la personalidad misma de su jefe, frente a los nuevos mercados dados por el trigo de Chile y los cueros y cecinas del Río de la Plata. Los chilenos, en la guerra del Pacífico, que se llevó a cabo para compensar los descensos del comercio exterior de Chile con la entrega del guano y el salitre a John North, no hicieron más que proseguir las características de esta imposición dictada por la nueva manera del comercio del mundo, completando el encierro de Bolivia en sus altas montañas, que eran como el símbolo de su encierro histórico. Era el comercio capitalista en forma, imponiéndose de manera resuelta a una región precapitalista en su conjunto, incapaz del nuevo tiempo.

VI. ADMIRACION DE PARAGUAY Y BOLIVIA A SUS VENCEDORES.

Ni el modelo despótico - nacional de Paraguay de los grandes dictadores ni el jamás resuelto sistema de clases, castas, regiones y modos de producción desarticulados entre sí de Bolivia podían, con la guerra de la Triple Alianza o sin ella, con Yungay y la guerra del Pacífico o sin ellos, avanzar hacia la constitución de países capitalistas modernos ni siquiera en los términos del Chile de entonces, que constituyó en efecto una democracia burguesa dentro de su dominación oligárquica, ni de Argentina, que resolvió los problemas de su unidad nacional bajo la hegemonía indisputable de Buenos Aires. Uno y otro, por lo demás, eran, para usar términos de nuestros días, verdaderos satélites privilegiados del Imperio británico. Por eso cuando se piensa en el proteccionismo de Francia o de los López o el de Santa Cruz y el de Belzú, vale la pena recordar siempre que no es tan importante el proteccionismo en abstracto sino qué es lo que protege al proteccionismo.

Los razonamientos de ambos países acerca de sus derrotas respectivas se limitaron a la admiración de quienes los habían vencido, el intento de repetir sus esquemas de desarrollo pero en condiciones mucho más dificultosas. Es difícil encontrar algo más aparatoso e inservible que las experiencias liberales de Paraguay y Bolivia en las tres primeras décadas de este siglo. En todo caso, Paraguay acabó convertido poco menos que en una hacienda de

los Casado y, hasta hoy, un tercio de su territorio (ni siquiera de sus áreas cultivables) es propiedad de empresas inglesas, norteamericanas, argentinas y brasileñas. En Bolivia, a su turno, durante la era liberal, se llegó incluso a pensar -Montes mediante- en formar un sólo país con Chile y con el descubrimiento de los grandes yacimientos de estaño, acabó por ser un país en manos de lo que se denominó el superestado minero para referirse a las tres empresas asociadas a capitales norteamericanos e ingleses.

Por qué dos países que habían salido de un mismo proceso de balcanización, que debieron ser parte de un mismo Estado nacional aún en el caso de que América no fuera una, víctimas ambos de la fase expansionista del imperialismo inglés, mutilados y vejados de la misma terrible manera, se lanzaron el uno contra el otro por una cuestión de límites en la que ambas partes podían emitir argumentos jurídicos *ad infinitum*, en pos, en secreto, de hidrocarburos que sólo existían como hipótesis dentro de las hipótesis, es algo que demuestra tan sólo el grado de absurdo y enajenación que puede asumir la historia en manos de colectividades atrasadas y estupefactas.

En los hechos mismos, Bolivia reclamaba territorios cuya punta llegaba hasta Asunción. Era ello algo tan insostenible que, si en efecto las tropas bolivianas hubieran podido llegar hasta allá, no habrían podido impedirse a sí mismas tomar la capital del país e iniciar su conquista como tal. Es decir, puesto que el objetivo de la guerra era, d'après Salamanca, "ganar la guerra", el Paraguay hubiera tenido que resultar anexado a Bolivia.

El Paraguay a su turno, en un verdadero desmán bélico, tomó el fortín de Laguna Chuquisaca y no se privó de pasar a degüello a su guarnición. Como era previsible dentro de un examen elemental de las posibilidades logísticas, la guerra se redujó a una ofensiva boliviana que llegó bastante lejos pero sólo para ser batidas por los paraguayos, que aquí se movían con comodidad puesto que estaban más próximos a la zona; los paraguayos, por su parte, pasaron entonces también a la ofensiva para llegar hasta las primeras estribaciones de la cordillera de los Andes donde fueron batidos a su vez. Aquellos que han hablado de ésta como una guerra colonial intentada por las más tristes semicolonias dicen pues algo cruel y verdadero.(2)

VII.- LOS OBJETIVOS FALACES

Hay una historia interior de las cosas que no siempre se correlacionan bien con la lógica del mundo. Por ejemplo, se ha querido ver en este duelo en el Chaco un efecto de las contradicciones *in crescendo* entre el imperialismo inglés, ya instalado, y el ascendente imperialismo norteamericano en la región. Es cierto que Argentina respaldó a Paraguay con armas y víveres en gran escala y que, en ese momento (que es el que se llama en Argentina la "Década Infame"), la ocupación inglesa del país es tan extensa que uno de

2) Véase Céspedes, "El Dictador Suicida", Librería Juventud, La Paz.

sus vicepresidentes, el señor Roca, llegó a decir que Argentina era de hecho parte del Imperio británico. Es verdad, de otro lado, que el mercado argentino, ya para entonces bastante desarrollado, era una parte más que fundamental en la región para los intereses de la Royal Dutch Shell. Los yacimientos bolivianos estaban en manos de la Standard Oil; después se descubrió, empero, que esta compañía exportaba petróleo a Argentina por un oleoducto clandestino y que la gasolina iba a dar a manos, precisamente, del propio Paraguay, en guerra con Bolivia.³⁾ Esta fue, como comprobación, la base de la nacionalización posterior de esos yacimientos (1937), de tal suerte que si la motivación imperialista hubiese sido la determinante se daba el caso de que la Standard estaba en favor del triunfo de sus enemigos. Parece más lógico suponer que la Standard Oil sabía la dimensión de los yacimientos y también su ubicación (lo que explica su falta de interés en la guerra) y que la Royal Dutch Shell, en cambio, no tenía sino una visión expectativa del asunto como merodeadora de un triunfo que sobre todo podía afectar a los Casado. Son los Casado y no la Royal Dutch Shell o ésta sólo en término segundo lo que explica el interés desorbitado de Argentina en este pleito.

Nadie vivió el resultado de esta locura pura en Bolivia sino como una derrota sin atenuantes y era sin duda una derrota sin vuelta cuando el objeto de la Guerra era, desde el punto de vista de los dirigentes bolivianos, la conquista de Paraguay, o sea a condición de suscribir esos fines metafísicos a cargo de estadistas alentados por impulsos irracionales. Pero no lo es por cuanto ambos países demostraron aquí no otra cosa que su alcance estatal real sobre un territorio vacío, sin obtener ninguno de ellos lo que buscaban o creían buscar. El petróleo no existía en las zonas verosímiles desde el punto estratégico, sino en cantidades muy inferiores a las pensadas y para beneficiarse en grado importante con este producto, Paraguay hubiera tenido que conquistar casi la mitad de un inmenso país. Tal la demencia de los objetivos perseguidos por una parte y por la otra.

VIII.- CRISIS ESTATAL POSBELICA

Es cierto que no toda guerra contiene una crisis social general. El carácter de tal fenómeno, la crisis nacional general o situación revolucionaria, exige la caducidad de la capacidad de dominación por parte de la clase a la que sirve el Estado y a la vez cierta incapacidad coetánea por parte de los oprimidos en cuanto a la construcción de su propio poder, incapacidad siquiera momentánea. Nada de eso sucedió en el Chaco en un lado ni en el otro; la naturaleza de clase de ambos sistemas estatales se mantuvo intacta, por lo menos en la apariencia o en la hora inmediata. Por el contrario, la propia manera de racionalizar la guerra por parte de las dos poblaciones era diferente: mientras Paraguay, quizá a causa de su unidad cultural más compacta que hacía un contraste marcado con la manera abigarrada de Bolivia,

3) Véase Carlos Montenegro, "Los Derechos de Bolivia contra el Oro de la Standard".

vivió la guerra como una tensión nacional general (pues, en teoría, estaba en juego la existencia del país como país independiente), en Bolivia no ocurrió tal cosa. Es claro que de ninguna manera debe desdeñarse el papel de la guerra en la formación de los aspectos subjetivos de base del Estado nacional y de la construcción de la propia nación. Con todo, nunca como aquí pudo verse tan claro hasta qué punto la sociedad civil boliviana no correspondía ni en su dimensión ni en ningún otro aspecto a su Estado político sino de un modo relativo o circunscrito. Al final lo que había de Estado nacional en Bolivia era el estado correspondiente al mercado interno generado en torno al área capitalista minera. En este sentido, aunque no deben absolutizarse las cosas, o no era un Estado nacional porque no existía todavía la nación en su definición moderna o sólo lo era con relación a las áreas vinculadas al mercado interno. Este razonamiento debe atenuarse, sin embargo, porque eran zonas que habían estado vinculadas de una manera primaria y habían dejado de estarlo; tampoco el país existía como un mero azar sin premisas. Incomunicado, empero, disperso y diverso, vivió la guerra como algo que ocurría en el Chaco, como se tiene la vivencia de una guerra colonial no referente al núcleo de existencia de la colectividad.

De cualquier forma, lo que había de Estado nacional, como suele suceder en los países que viven esta fase, se manifestaba sobre todo en el ejército. El propio aparato militar cambia de carácter en cierto sentido al pasar de ser un mero sistema de represión desprendido de la colectividad a organismo de masas militarizadas. Esto tiene su repercusión sobre el mismo aparato estatal que lo convoca a tal masificación: una guerra, en efecto, comporta la hipertrofia, la sobreactuación de la fase represiva del Estado que, en la normalidad, no tiene porqué actuar con tal extensión ni intensidad. Para mantener la "paz liberal" había sido suficiente hasta entonces el ejercicio de la retórica monista, que era la ideología de ese Estado. Ahora, el aparato ideológico no era suficiente; la burocracia civil (encarnada de un modo inmejorable, hasta en lo físico, en Salamanca) había conducido con sus concepciones geopolíticas imposibles, al desastre puro. Pero, en general, cualquiera que conozca de estas cosas sabe que no se puede apelar de continuo a la fase de emergencia de un Estado sin que tal Estado se debilite como conjunto.

IX.- SALAMANCA

Ante la guerra, el Estado oligárquico hubo de acudir a su fase más tensa y fundamental que era el ejército. Es así que se inaugura, por la lógica de los hechos que se producían unos a otros, lo que puede designarse como el primer ciclo militar en el poder político boliviano de este siglo. El poder político se concentra en el ejército pero eso no significa que las contradicciones desaparezcan sino que pasan a manifestarse allá donde se ha concentrado el poder. Era ya una prueba del atraso estatal el que no pudiera ratificarse la forma de poder en la emergencia de la guerra; pero el ejército lejos suprimir a la política se convierte en el escenario de ella, hecho que se producirá casi en los mismos términos en el segundo ciclo militar en la fase ter-

midoriana de la revolución burguesa.

Hasta entonces, en efecto, las contradicciones se habían dado sólo entre un sector u otro de este bloque de poder oligárquico, porque no era un Estado de masas; el hecho estatal no contemplaba la participación de la mayoría real. Los gobiernos respondían a un sector o al otro de la gran minería o, en el mejor de los casos, a los grupos de terratenientes ligados a la minería, como Salamanca. Salamanca mismo era el heredero culminante de una cultura mórbida que era el resultado de la servidumbre y el aislamiento, de la cultura de la clase superior del país, de gente que no había trabajado nunca por muchas generaciones y desde el principio; una cultura, en fin, provinciana, abigarrada, arrogante y ciega. Era él un hombre brillante en el modo de esa cultura pero, por lo mismo, no era un hombre realista. La realidad era un dato ajeno a su razonamiento y el intento de incorporar el mundo objetivo a un silogismo que no tenía otra premisa que el supuesto del sujeto que lo formulaba, no podía sino volver contra el sujeto mismo para destruirlo. Si eso sirve para algo, hay que decir que amaba sin duda a Bolivia pero no tal como era sino a esta Bolivia en la que él pensaba; identificaba al país con su clase, con la clase que lo había hecho su dirigente y, por lo mismo, lo volvía tan poco viable como su clase. Mientras había paz, el país del sistema aquel podía alimentarse en su forma de poder de los discursos: a la primera convulsión, empero, apelaba de inmediato a la represión de los campesinos indios y mineros del modo más feroz, conforme a una rutina de siglos, porque estaba en la raíz cultural de esta clase la idea del castigo de los indios. Era Salamanca el fruto de los treinta años de la estabilidad liberal y por eso era tan ridículo atribuir a la inestabilidad política, que se piensa como el secreto del atraso boliviano, la derrota del Chaco. Por el contrario, el ejército lo mismo que Salamanca eran las consecuencias de treinta años de una estabilidad viciosa o falsa estabilidad. Un país que no ha resuelto sus problemas de integración nacional, que mantiene a la mayoría de su población en la opresión generalizada, el exilio político y la ignorancia, es un país muy vulnerable y lo es dos veces si, además, se muestra estable dentro de esta situación. La salud, en este caso, debe expresarse como descontento organizado, como inestabilidad.

La cultura racista de la oligarquía de este país de indios se exacerbó con la república, recibió un impulso con los éxitos de la política de importación de europeos de la Argentina y se consolidó con la reintegración al mercado mundial a causa de la economía del estaño. No era casual para nada, por tanto, que Arguedas escribiera su libro *Pueblo enfermo* en ese momento (4). Los liberales, en la aplicación de esta mentalidad que desea huir de las cosas, organizan un ejército con oficiales prusianos al mando de soldados obligados a marchar con el paso del ganso y el compás de bandas exornadas con fanfarrias a la prusiana que nadie sabía para qué servían. La falta de fé en sí mis-

4) Ni que dedicara su "Historia de Bolivia" a Patiño, que pagó la edición, en prueba de que esta ideología racista y precapitalista sin vueltas servía a la perfección al poder político generado por la gran minería.

ma de esta clase se advierte de modo sorprendente cuando encomienda a Hans Kundt, un oficial alemán que había organizado el ejército liberal, la conducción de la guerra. La condujo, en efecto, no se sabe si con más desdén hacia los paraguayos, a quienes suponía que iba a vencer en pocas semanas, o hacia los bolivianos, a quienes hacía matar con la tranquilidad con la que se contempla el exterminio de las langostas.

Pues era un ejército que quiso constituirse con las mejores gentes del país, si su voluntad era el ser un ejército de casta, su oficialidad por tanto provenía en buen número de ese sector social. Pero el privilegio no crea buenos soldados. "La causa de la ruina de Italia -escribió Maquiavelo- no es otra sino el haber fiado su seguridad durante muchos años a ejércitos mercenarios que a veces prestaron servicios a algunos, y en luchas entre sí parecían valerosos, pero al llegar los extranjeros se mostraron tal cual eran." He aquí que la oligarquía boliviana confiaba en que los mercenarios al mando de la plebe le sacaran las castañas del fuego, al servicio de sus irreales objetivos y de la confirmación de su poder. El comportamiento de los hombres de la clase dominante era el que podía esperarse de una casta sin vitalidad y los soldados inventaron la palabra "emboscado" para designar a esta clase de hombres que usaban su privilegio para no llegar jamás a la verdad del frente. El vórtice de las cosas mismas sacó en cambio a la luz a una generación de oficiales que venían de sectores medios pobres a los que se sumaron los oficiales improvisados *ad hoc* y el vasto cuerpo de suboficiales y clases que compusieron el ejército que libró la guerra como tal. Este doble contenido del ejército no tardó en manifestarse.

La destitución de Salamanca en lo que la oligarquía llamó el "corralito" de Villamontes, o sea, su defenestración en el campo mismo de la batalla es también la destitución de por lo menos el sector civil de aquel Estado; pero estaba a la vez expresando el impulso inconsciente de destruir un Estado que, en realidad, no desaparecerá como tal sino, hacia 1952. El desden con que tratan los oficiales que actúan en el hecho -Busch, el principal- a Salamanca, presidente, está enseñando cómo la guerra había dado fin a las respetabilidades y a la ideología misma del estado oligárquico. A Busch no le importaban los recursos oratorios del doctor Salamanca; por el contrario, él, héroe sin discusión de la batalla, los detestaba y es el mismo acto mental al fin y al cabo, con el que castiga físicamente a Arguedas, otro doctor de la oligarquía, en su propio despacho, siendo ya presidente, en un incidente que se haría famoso en Bolivia.

X.- EL HOMBRE SIMBOLO

Llegados a este punto, tenemos que retroceder un poco. Con Salamanca en realidad, cae un Estado que sólo después será dispersado en su materialidad. Por eso se llamó "el hombre símbolo". En efecto, cuando Salamanca llegó al poder el país oficial creyó haber encontrado (quizá porque sabía que una clase dominante que no produce jefes no merece vivir) algo que este sector no había producido en mucho tiempo, o sea, un hombre de Estado

en forma. Era sin duda, el personaje menos convencional entre todos los de su época: era sobrio en medio de una clase que no lo era; en la apariencia, penetrante como un cuchillo donde el juego era de cáscaras; parecía un representante triste y solemne de la historia misma; sólo su gran sarcasmo general contrapesaba un poco su melancolía. Sin duda este hombre, con el carisma endurecido que tenía para esa clase y para el alcance de esa clase, deseó la guerra. No importa con qué argumentos de Estado disfrazara el asunto, pero él deseaba la guerra; era un requerimiento que venía desde su psicología y en esto hay una gran diferencia entre la salud que enfrenta la violencia que no puede evitar y la falta de salud que desea una violencia que se puede evitar. Importa poco si la deseó antes o después que sus equivalentes paraguayos y había en este *élan* algo de misterioso quizás porque, como Medinaceli había escrito, era de una raza que agonizaba en un paisaje que no era el suyo. ¿Por qué la deseó? Quizá esto no se podrá probar jamás, para compensar a Bolivia de una historia republicana de frustraciones. Quería regalar a Bolivia una victoria, algo que devolviera a este país (a lo que él pensaba como este país, a ese grupo de hombres sensuales y desalentados en su esencia) su fé en sí mismo, lo cual era, en realidad, un eco distante de la guerra del Pacífico.

Este Savonarola de la tierra de adentro impuso sus criterios belicistas como un *diktat*. No se conocen, quizás con la excepción de Saavedra, que era un hombre mucho más natural, voces sustanciales que se opusieron a esta épica fúnebre a cargo de un lírico muerto antes de su muerte. Por tanto, aunque el proyecto era imposible, tenía con todo la exultación y el atractivo peligroso de cualquier guerra de conquista, y era, por otros conceptos, el único proyecto con cierta grandeza que había podido concebir esta clase agonizante por lo menos desde Santa Cruz, como si el verdadero objeto fuera el reconquistarse a sí misma.

Cuando se produce la debacle sin atenuantes, se hace necesario ofrecer explicaciones, Salamanca, de hecho, acusaba a los militares ("no les puedo dar cabeza"), lo cual era incongruente por cuanto al ejército era hijo del mismo poder que había engendrado a Salamanca y compuesto por oficiales de idénticos sangre y pelo de oligarcas. El ejército a su turno responsabilizaba a Salamanca y era ello infundado asimismo porque no se podía inculpar en globo al mismo cuyas tesis se habían aceptado de manera tan encendida. Pero lo que se produce en fin de cuentas es la desorientación del poder oligárquico que ya no retomará su coherencia; es aquí donde comienza su decadencia, que no hará sino acentuarse cada vez más y más hasta 1952. Es, por cierto, normal que un ejército salga como el amo de las situaciones después de una guerra por más que haya sido incapaz de cumplir los fines externos que se le asignaron y quizás por ello mismo. Tal es la razón por la cual lo inmediato a la guerra fue una sucesión de gobiernos militares. Pero sería de una gran superficialidad pensar en esto como una linealidad; en realidad, cada gobierno militar representó ya una cosa distinta: a veces como saldos impotentes de un pasado irrescatable, gérmenes a veces de un futuro todavía impenetrable.

XI.- DESPILFARRO DE TORO

La mentalidad de los primeros períodos militares (los de Toro y Busch) es similar en cuanto a que el objeto primero es la inculpación y el castigo de los culpables del fracaso, aunque no se supiera cuáles eran los culpables ni hubiese nadie jamás que pudiera concretar la descripción del fracaso que era, como se ha dicho, un sentimiento antes que nada, un paradigma desesperado e incolocable. Pero es como si la misma falta de captación de las cosas como un todo se revelara una vez como incongruencia y la segunda como tragedia. Los acentos nacionalistas y antioligárquicos venían de las trincheras de una manera tan densa como diluida. Diluida o no, empero, fueron ellos los que obligaron a Toro a nacionalizar el petróleo y a expulsar a la Standard Oil o a crear el primer ministerio de trabajo, que se encomendó además a un obrero. Toro en sí mismo y por sí mismo era, con todo, algo así como el despilfarro de una corriente verdadera; si había sido capaz de vivir con frivolidad nada menos que acontecimientos como la retirada de Picuiba, en la que murieron de sed tres mil hombres y que a él no le indujo más que a redactar algunos telegramas ingeniosos, era evidente que era el hombre que no puede ir más lejos, que no sabe cómo ni quiere hacerlo. En realidad, era tan vano que era capaz de hacer chistes en el entierro de su madre y no podía ver las cosas sino como una ocasión de aplicar el grajeo de su lugar, con cierto escepticismo que hacía que lo que pudo haber en él de inteligencia no fuera sino algo entregado a los lugares comunes de la corriente imperante. En general, un individuo tan sensual como Toro no podía sino ser un ser sin convicciones y, por eso, incluso cuando acataba las de los demás, las convertía en un bulto, porque no creía en ellas. Busch no era eso, por ninguna razón.

XII.- GERMAN BUSCH

Aquí, por el contrario, el patriotismo es la característica central del individuo; es curioso cómo, por consecuencia, todos los demás acontecimientos de su vida resultan borrados por esta pasión fundamental, original, sostenida, y mortal. Al revés de Toro, Busch, hombre salido de la pureza de la tierra, cuya fuerza política no era sino un accesorio de su vitalidad natural, hombre que no debía nada a nadie y cuya titularidad como héroe era el fruto de la verdad de la guerra, era en fin, la convicción pura. Pureza de la convicción nacida sin duda de cierta elementalidad intelectual pero también, engendrando aquí ya un prototipo, las convicciones convertidas en peligrosidad. Era una sensación de temor físico la que sentían la oligarquía y el conjunto de la rutina del país oficial al mero encuentro con este oficial que pensaba que los culpables merecían sanción y que sus soldados -portadores de la patria- eran los acreedores de una reivindicación. En su instinto de guerrero acostumbrado a los patrullajes y los cuatrerajes, Busch engendró, por fin, una visión sombríamente patriótica de la política y comenzó a cultivar, con razón cer-

tera, una desconfianza esencial que abarcaba tanto a los doctores en general como a sus propios jefes. El dolor de la patria yacía en su corazón con la profundidad de una pasión total: si ella estaba acorralada, tampoco Busch quería vivir. Toro creía dominar a Busch pero no se daba cuenta de que, entre chiste y chiste, largando uno que otro aforismo explicativo en las jaranas, estaba generando una fuerza que al final el propio autor, Toro, no podía contener ni comprender. Para Busch está claro del todo que la oligarquía debe saldar cuentas con el país.

La historia de un país atrasado suele avanzar por la vía de sus héroes elementales. Busch, como es natural, no podía tener una conciencia del proceso que se estaba desatando y con él como uno de sus elementos patéticos. El hecho mismo de que fuera un oriental, es decir, nativo de una zona marginal a la comprendida por el mercado interno, y a la vez un oficial del ejército, es decir, de lo único centralizado en un país que no había cumplido la tarea de su centralización, y que, sin embargo, se convirtiera en el gran personaje surgido de la guerra, está ya hablando de ciertos aspectos que no pueden ser pasados por alto. Esto significa en sana lógica que la guerra había creado las tendencias subjetivas para la construcción de la unidad nacional y del Estado nacional. Cumplíase aquí, por lo demás, lo que es una norma clásica: los elementos subjetivos de la nacionalización preceden siempre a la formulación objetiva de tales tareas.

La violencia de los sentimientos nacionalistas de Busch no tenía, empero, nada que ver con su viabilidad. Era una operación comando realizada por sorpresa al estatuto oligárquico, que pudo organizar una respuesta todavía con soltura, en primer lugar rodeando y penetrando a la misma dictadura que no tenía otra consistencia que la personalidad del propio Busch quien era una mezcla de producto superior de la naturaleza y de indefensión intelectual. El dictador murió poco después de un año de estar en el poder. El pueblo consideró que había sido asesinado a secas y descartó desde el principio la hipótesis oficial del suicidio. Es verdad, con todo, que había antecedentes acerca de inclinaciones suicidas en él. En realidad, la consecuencia es la misma: si se suicidó fue porque, en efecto, su dictadura no podía llegar más allá de donde llegó: si se le asesinó es porque todavía tenían sus enemigos la fuerza como para asesinarlo. Aún así, era el primer presidente que moría por causa violenta en el siglo y ello no era un mero azar: Busch mismo había planeado las cosas en un estilo característico, como una cuestión de vida o muerte. Las luchas políticas estaban asumiendo una profundidad que no iban a abandonar en lo posterior. Nunca se pudo establecer con certeza si se trató de un suicidio o de un asesinato pero era expresivo el que no se permitiera una sucesión "buschista" de Busch. Los propios militares de la corriente oligárquica impidieron que Baldivieso, que era el vicepresidente de Busch, asumiera el poder.



XIII. CRISIS EN EL APARATO REPRESIVO DEL ESTADO OLIGARQUICO.

El Estado creado por la gran burguesía minera del estaño después de la revolución federal, a principios de siglo, comienza aquí a vivir el hundimiento de su legitimación ideológica. Pues la propia eficacia de la coerción o violencia estatal no es sino la prosecución de la ideología, en el resto de la década de los cuarenta se podrá comprobar también la pérdida de eficacia de su aparato represivo. Se está generando la revolución democrático-burguesa de 1952 y la escuela de acontecimientos de disolución de aquel Estado es algo por demás aleccionante.

Quintanilla (presidente provisional, sucesor de Busch) hizo un interinato inmediato a la muerte de Busch y entregó el poder a Peñaranda que venció en las elecciones bajo el voto calificado contra el candidato izquierdista José Antonio Arze. Ambos, Quintanilla y Peñaranda, eran generales de la oligarquía y respondían sin atenuantes a los intereses del bloque de poder de la gran minería y los terratenientes. Con ello, la oligarquía (a la que se llamó "minero-feudal" en la jerga local, de discutible exactitud) intentó volver a su fase más exitosa y estable, es decir, al ciclo democrático-formal que había practicado en las tres primeras décadas del siglo. La misma democracia-formal que servía para la legitimación eficiente de la gran minería en su fase de ascenso, sirvió aquí como elemento de su disolución; en esto como en todo, el proceso boliviano ratifica ciertos principios de la teoría del Estado como aquel que se refiere al doble papel de la democracia burguesa que funciona primero como asiento de un momento culminante de la superestructura capitalista y después como escenario de su disolución, aunque es obvio que aquí no se está gestando una revolución socialista sino una revolución democrática de corte particular porque el proletariado tendrá en ella ya un papel protagónico. El primer resultado de la crisis ideológica de la época es la eliminación de los partidos tradicionales y la aparición de los modernos partidos políticos, desde el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) hasta el Partido Obrero Revolucionario (POR) y la Falange Socialista Boliviana (FSB).

Una cuestión importante sin duda es la de indagar por qué el MNR canaliza hacia sí las derivaciones sociales de la decadencia del Estado oligárquico y por qué congrega en su seno a las nuevas zonas clasistas que ingresarán en la política, es decir, a los obreros y a los campesinos. Es algo que sólo tiene, en principio, una difícil explicación. En realidad, el PIR, con una definición marxista próxima a la III Internacional, disponía del más numeroso cuerpo de intelectuales; al POR, corriente trotskista, se dirigía sin vacilaciones, lo mismo que el PIR, hacia la clase obrera, que iba a ser un factor preponderante en el devenir próximo de los hechos y la propia Falange se presentaba con un *pathos* patriótico fervoroso, muy de la época, por lo

menos tan intenso como el del propio MNR. Pero éste, el MNR, era un partido formado por excombatientes de la guerra y, en consecuencia, podía lograr una fácil comunicación con los jóvenes oficiales nacionalistas, lo cual era más difícil para los partidos marxistas puesto que sus dirigentes, los más relevantes al menos, no habían concurrido a la campaña. La Falange, por su parte, tenía un obstáculo dentro de sí misma a partir de postulaciones hispanizantes de dudosa viabilidad en un país en el que la presencia indígena es tan rotunda y en el cual la política tendía sin reparos a convertirse en una política de masas.

El MNR, por lo demás, en su núcleo de origen pequeñoburgués de la manera más específica, estaba compuesto por jóvenes políticos que de un modo o de otro tenían que ver con la propia casta política a la que trataban de derrocar. En su mayoría hijos de expresidentes o de gerentes de empresas quebradas, en fin, toda una gama de parientes pobres de la oligarquía que ya no creían en la propia oligarquía. Desdeñaban a la que en algún grado era su propia clase, quizá porque eran el final postergado de ella. Su propia postergación les hacía ver las cosas con mayor lucidez. Aquí opera, sin duda, un hecho singular. Las clases nuevas, aquí como en cualquier parte, se introducen en la política, es decir, en el juego del poder, por las puertas que les abre la división de la clase dominante que tiende a dividirse con mayor rapidez y facilidad mientras más atrasada es precisamente, como clase dominante. Era la ignorancia de la gran burguesía minera la que le inducía a practicar sus modalidades oligárquicas, a tener, siendo un sector capitalista, una ideología precapitalista. (5) No importa si de manera consciente o inconsciente, el proletariado utilizó a los políticos del MNR para ingresar en la política de Bolivia: el MNR, a su turno, estaba interesado en organizar a los mineros, el centro proletario, para disponer de un equilibrio, (o, como Guevara dijo después, de un garrote), frente a sus aliados, los militares nacionalistas, que creían en la patria pero no en las clases, a las que veían como una deformación de la patria.

Es necesario, en síntesis, tener en cuenta los siguientes hechos. Por un lado, división del aparato represivo del Estado que, en su sector de oficiales jóvenes, deja de responder a la naturaleza de clase del Estado. La manera de comunicarse con el descontento civil por parte de estos oficiales radicaba en los excombatientes civiles, o sea, en el MNR, en lo esencial. Por el otro lado, pulverización de la ideología del Estado oligárquico. Las propias consignas, programas, exposiciones y agitaciones de los otros partidos se canalizan en último término hacia aquel que tenía mejor viabilidad para el poder porque en la política las cosas aborrecen a la incertidumbre y tienden a capturar el poder o a recibirlo pero no a vacilar entre una cosa y la otra. El mayor acierto táctico del MNR se localiza, sin embargo, en su conexión con el proletariado minero que se precipita a causa de la masacre de Catavi (1942). Fue el único partido que denunció efectivamente el hecho y, por

5) *De lo cual es un indicio tan claro el auspicio de Patiño a la obra de Arguedas.*

lo tanto, a través de la suma de esas condiciones, está capacitado para tomar el poder en alianza con los oficiales jóvenes encabezados por el mayor Gualberto Villarroel.

XIV.- VILLARROEL Y RADEPA

Villarroel era también, como Busch, una figura nacida de la guerra pero de manera menos fulgurante. La diferencia que hay entre ambos personajes es la que se da en sus propias especialidades militares: es la que hay entre un oficial de artillería, que debe seguir las normas de la guerra regular, y un caudillo militar que, debido a las emergencias de la campaña, se ve obligado a librar una suerte de guerra irregular dentro de la misma guerra regular. Por tanto, Villarroel, un jefe desconocido, un organizador paciente de la impaciencia militar, una figura relevante que no se proponía serlo.

Si se evalúa el gobierno de Villarroel desde el punto de vista de sus medidas administrativas resulta incomprensible el carácter que asumió en él la lucha de clases. En lo concreto, se limitó a imponer cierta modernización tributaria sobre la gran minería y actos casi simbólicos en favor de los campesinos, como la supresión del pongueaje (trabajo gratuito para el terrateniente). Era claro que estaba en disposición de convivir con la gran minería, pues no se le pedía más que admitir la existencia de un poder estatal no dependiente de manera directa de ella y también con los propios gamonales (la clase de los terratenientes señoriales), pues no se les pedía sino que suprimieran las formas más abyectas de la servidumbre personal sobre los campesinos. Porque no tuvo tiempo o por cualquiera razón, había hecho Busch mucho menos y le costó la vida. Ahora Villarroel se presentaba como un buschismo acrecentado. Con todo, la existencia de un Estado independiente al mínimo con relación a la gran burguesía y los grandes terratenientes era algo que resultaba inadmisibles para la clase dominante. Si hay que caracterizar como algo al régimen de Villarroel, habría que hacerlo como el caso de un bonapartismo en esbozo, ya con ciertas ideas acerca del "deber estatal" o la independencia del Estado pero ideas llevadas a la realidad con una gran timidez; por lo demás, en la vacilación entre las tareas nacionales y las democráticas, que estaban en el tapete desde el tiempo de Busch, no había duda de que la preponderancia seguía correspondiendo a las primeras. Los reformadores, en todo caso, no pueden ser moderados porque sus reformas, no importa si moderadas o no, son interpretadas siempre por la clase dominante como un reto total; por tanto, es mejor ir más lejos de dónde se quiera ir porque desde allá se puede retroceder hasta donde se quería llegar. En cambio el planteamiento de la mera reforma no adquiere sino el contenido de una provocación sin posibilidades. El bloque dominante, a su turno, en particular si es uno con las características del boliviano de aquel tiempo (es decir, uno ya intranquilo, con el sosiego perdido y la lucidez quebrantada tanto como quebrado estaba aquello que pensó como su normalidad), precisamente porque comienza a res-

quebrajarse está menos dispuesto que nunca a los retrocesos parciales, a la recepción de las reformas o reivindicaciones parciales.

Pues bien, dentro de la campaña nacionalista que desmoronó la ideología oligárquica, la cuestión de los precios del estaño ocupó un lugar considerable. Era lo que los periodistas de *La Calle* llamaban los "precios de democracia" (6) merced a los cuales se obligaba a Bolivia a contribuir a la causa de los Aliados y a vender sus minerales a precios por debajo de los prevalecientes en el mercado mundial. Lo que decían, con eufemismos y directamente, era que la guerra mundial era un enfrentamiento que a Bolivia no tenía por qué interesarle como país, lo cual era un razonamiento muy propio de los que habían vivido la guerra del Chaco: el mundo no nos salvará; el mundo, cuando existe en Bolivia, existe contra Bolivia; una nación no tiene amigos, sólo se tiene a sí misma; en la verdad de su destino está sola para siempre. Pero también, de modo más resuelto, radepistas y movimientistas pensaban y decían, *sotto voce*, que mientras más gringos murieran en su magnífica guerra, tanto mejor para Bolivia. Aquí se estaba manifestando un rencor secular, muy propio del país, por su propia extracción, Bolivia no podía hacer la misma vivencia de la guerra mundial que el Uruguay, por ejemplo; Bolivia, en su corazón ni en su carne no tenía razón alguna para sentirse próxima a lo que se llama civilización occidental.

Villarroel, en realidad, vive ya las consecuencias de esta discusión que demostraba dos cosas: primero que en la postulación de las tareas nacionales hay un grado de endocentrismo que es inevitable; segundo, que esa misma autorreferencia, a la vez que da poderío a la consigna, la vuelve impotente en la práctica porque no hay duda que el propio interés nacional, cualquiera que sea el asunto en que se asiente, sólo se resuelve dentro de los conflictos del mundo. Es ya un vaticinio del futuro del nacionalismo boliviano: al tratar de negar al mundo, es decir, al negarse a racionalizar el mundo, lo que ocurrirá es que tendrá que aceptar el mundo no de acuerdo con el razonamiento que logre acerca de él sino como un objeto de la fuerza del mundo. *La Calle*, es claro, expresaba la desobediencia de intelectuales que hablan cosas semejantes a las del sentimiento popular; era la guerra la que había formado este tipo de intelectuales de color popular así como el hábito de aceptación de los actos intelectuales por parte del pueblo. Lo de los "precios de democracia" (7) fue convertido, por los servicios de inteligencia norteamericanos e ingleses (la cosa ocurría en las vísperas del golpe que daría la presidencia a Villarroel, todavía en el gobierno de Peñaranda) en un complot proalemán. En las memorias de Braden se comprueba cómo se fraguó esto que se llamó el "putsch" nazi, según el cual el MNR, en compli-

6) *Una morosa descripción de estos hechos en Céspedes, "El Presidente Colgado", Librería Juventud, La Paz.*

7) *A raíz de lo que, en burlas, se llamaron los "Contratos Inmejorables". Precios más bajos que los del mercado mundial como contribución boliviana a la guerra mundial*

cidad con la embajada alemana, preparaba la toma del poder, por el Eje. Lo único que podía tener el MNR en común con los nazis era su xenofobia pero en este caso una xenofobia que comprendía también a los propios alemanes. Pues la intriga aquélla no impidió el golpe que llevó al poder al MNR junto con la RADEPA, vino de inmediato la época del no reconocimiento al gobierno de Villarroel por parte de Estados Unidos. Fue una presión que, combinada con otras aún más canallescás y dentro de los propios países latinoamericanos (como el Comité Guani y la doctrina Rodríguez Larreta de la intervención colectiva, antecedentes de la cuarentena contra la Revolución cubana), doblegó los volátiles propósitos neutralistas del régimen, difusos propósitos como todos los suyos y demostró que tampoco en este caso Villarroel veía la necesidad de ir muy lejos en el enfrentamiento con el imperialismo. Sus metas, en suma, eran modestas como la humildad misma: se reducían a pedir que el país más pobre del continente no fuera obligado a perder nada menos que varias centenas de millones de dólares (que eran dólares mejores que los actuales) al servicio de una causa que no le importaba. Nadie había hecho nada en el mundo para que esa causa le importara.

XV. RADEPA - MNR

Confusos, débiles, transigentes, tales actos de contradicción al imperialismo eran de tal índole que se habrían negado si se les preguntaba si querían ser llamados antimperialistas. Tenían, sin embargo, su correlato más profundo en las ideas antioligárquicas que estaban agazapadas tanto en la RADEPA como en el MNR. RADEPA significa razón de patria, es decir, para ellos, la causa final, la razón en su justificación última. La patria está por encima de todo lo que se deba hacer y vuelve coherente a lo que se haga. Era como si Busch se hubiera reencarnado en un número más o menos grande de oficiales, ahora con la inclinación de pensar en la salida a las cosas como una solución militar. El primer objetivo era la liquidación del enemigo, si era necesario físicamente; el enemigo era la oligarquía o, como se decía entonces, la antipatria. En general, ha de decirse que entre las ideas de la RADEPA predominaba el concepto de que el MNR no era sino un aliado incómodo, un parásito imprescindible sólo en grado relativo dentro del poder de los jóvenes oficiales a quienes correspondía la carga de la historia.

Se combinaba en esta logia un cierto recelo, que a veces se hacía desprecio, hacia los políticos civiles con un rencor esencial contra la oligarquía, a la que se consideraba culpable de la historia del Chaco, de las pérdidas territoriales, de la muerte de Busch, de las matanzas de obreros y campesinos. La logia misma, como es natural, era ya la forma de organizarse de oficiales que negaban la lógica de autoridad del ejército formal, hecho por demás relevante porque, de algún modo, un ejército se está formando dentro del anterior; es obvio que aquí se dan los elementos de la reorga-

nización militar después de 1952, que se verá en su momento.

Pero el solo hecho de reconocer un enemigo común no da la unidad al aparato del poder y, mientras la RADEPA no intentaba otra cosa que una venganza nacional o la recomposición de la supremacía de la razón de patria, el MNR como es obvio, tenía proyectos más concretos en cuanto a instituir un orden estatal de nuevo tipo. Un sector y el otro son, sin duda, los que forman los embriones de la futura burocracia del Estado burgués de 1952 en su forma civil y militar. Ambos llegarán, en su remate, a puntos que jamás habrían imaginado. En todo caso el recelo militar que tenía fuerzas por sí mismo y en sí mismo, obligó al lado civil a buscar su propio respaldo. El MNR se dio cuenta pronto de que su posición dentro del pacto de gobierno era precaria y se apresuró a compensar el poder de RADEPA con la organización del movimiento obrero que, por lo demás, había sido iniciada antes por diversas formas de predecesores sindicales. Lenin dice que al proletariado la conciencia le viene de fuera. Aquí no se puede hablar de conciencia proletaria en rigor pues no estamos sino en los albores políticos de la clase. Pero la propia organización inicial de esta clase le viene de fuera, los sectores pequeño-burgueses, que son portadores de las ideas democrático-burguesas necesitan, para imponerse sobre la vieja burguesía, del apoyo de la clase obrera. Tenemos entonces por un lado que la burquesía real no tiene una ideología burguesa sino una ideología preburguesa; que la pequeña burguesía actúa como una preburguesía porque, aunque no es todavía burguesía en lo objetivo, con todo, tiene una conciencia burguesa más cabal que la propia burguesía: a lo último, un proletariado que, para ingresar en la revelación superestructural (que como aparición misma implica un avance de las fuerzas productivas), debe sin embargo, por lo pronto, entregarse al programa pequeñoburgués o prestarse el programa de la pequeñoburguesía porque jamás sería posible su integración al sistema político si lo hiciera en guerra con todas las demás clases como conjunto. Ese fue el sentido de la fundación de la FSTMB (Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia), por ejemplo. Fue el MNR el que planteó y obtuvo, de otro lado, la designación de Lechín como subprefecto de la Uncía, centro civil de la principal concentración minera. Lechín, que había sido minero, aunque por breve tiempo, citó a su despacho al gerente de la empresa (la Patiño Mines), dueña de las minas del distrito. Había en ello conciencia clara de que se estaba desafiando el orden concreto de la zona, el modo de funcionar específico del poder en el distrito; se proponía un vuelco insoportable que la empresa debía rechazar sin necesidad de consulta alguna a su centro administrativo. Negóse en efecto aquel gerente a cumplir el emplazamiento de Lechín y por el contrario, le invitó a visitarlo en la gerencia. Todo es muy revelador de la relación Estado-Empresa. Al rechazar el gerente la invitación aquella, como era previsible sin margen de error, Lechín ordenó su arresto. Esto fue visto como un acto de victoria del Estado sobre la Empresa, del MNR sobre toda la vieja política, de Lechín sobre todo el sindicalismo anterior. Originará también la modalidad del sindicalismo lechinista, nunca muy alejado del status del poder

pero tampoco tan conexo al poder como para alejarse del movimiento de las masas. Tal incidente, tan secundario en las apariencias, mostraba el nuevo carácter de la relación que el MNR pretendía con las grandes empresas: una relación que hubiera sido normal para cualquier estado que no fuera éste, dominado por la gran minería durante un siglo. El subprefecto de Uncía estaba demostrando, por primera vez, que era portador de algo más importante que la empresa allá donde las empresas habían demostrado cien veces que eran más poderosas que el país entero.

No eran, pues, las medidas de gobierno sino lo que había debajo de ellas como contenido de clase (o sea, como tendencia histórica) lo que preocupaba a la oligarquía y ahora también al propio imperialismo norteamericano. El sistema oligárquico estaba en decadencia pero no tanto como para no hacerse cargo de que la ideología de la RADEPA, con su acento irracionalista pero también irrenunciable, y la organización del movimiento obrero, sujeto nuevo aún más temible que la propia violencia del patriotismo militar, organización además propiciada desde el aparato del Estado (en lo técnico, el bloque antioligárquico había capturado aquí el aparato del Estado; pero el poder del Estado o su naturaleza final seguía en manos del bloque oligárquico) hacían una combinación incompatible en absoluto con las modalidades rosqueras (rosca, apelativo boliviano de la oligarquía) de opresión política. Esto es lo que explica que, en lugar de luchar contra las modestas medidas de poder, se lanzara de hecho contra el régimen como tal, es decir, que en una suerte de *tour de force* supremo intentase el exterminio final del bloque RADEPA - MNR.

La conciencia de la clase agredida en su dominio es mucho más despierta que la de aquellos que encarnan tal agresión. Villarroel ni la RADEPA ni el MNR en ese momento pensaban en una aniquilación de aquel Estado; lo que querían era, en verdad, su modernización. Pero en la historia casi nunca uno sabe de qué es portador. Los radepistas tenían, como es natural, su juramentada voluntad de sacrificio. Esta era su fuerza. Pero la oligarquía tenía el hábito del poder, la costumbre de haber manejado un país desde siempre, la cicatería concreta de gentes que se movían entre algo que conocían: resolvieron matar a Villarroel; hay pruebas de que se tramó su asesinato y el de sus inmediatos. Era una clase demasiado experimentada empero como para matar sin preparar el clima ideológico de prejustificación del hecho. Montó, por eso, una campaña perfecta, quizá la última de su historia. La respuesta de los militares nacionalistas estuvo a tono con el carácter emocionado y patético de su ideología secreta nacida del rencor del Chaco. RADEPA, en reunión solemne y por votación regular seleccionó a una decena de políticos prominentes de la oligarquía, tratando de que apareciera por lo menos uno por región y que tuviera, en cuanto apellidos, rangos y figuraciones, la mayor connotación oligárquica posible y decidió su fusilamiento. Era una inversión completa de la historia de Bolivia porque hasta entonces, si cabe decirlo, siempre se había matado al revés, en la dirección

opuesta. Incluso en los momentos inmediatos a su muerte, según el testimonio de los ejecutores, los personajes estaban convencidos de que los radepistas no se atreverían. Sus cuerpos quedaron tirados en Chuspipata y Caracollo. Lacónico y terrible, un comunicado informó del asunto a la mañana siguiente: Por Razón de Patria, hasta el momento han sido fusilados los siguientes ...

XVI.- CAIDA DE VILLARROEL

La izquierda, lo que entonces era la izquierda marxista, entendió mal este proceso. Es obvio que los nacionalistas colocaban los términos de la lucha política en el cuadro de un localismo casi cerril y era explicable, de otro lado, que los marxistas en cambio vivieran con tensión la lucha contra el fascismo en el mundo. Pero el lado del fracaso de la historia es tan aleccionante como el de su éxito. Definir a Villarroel como un régimen fascista demostraba una endeblez en el análisis marxista casi desesperante, a un extremo tal que es algo que hoy mismo no se puede plantear ni siquiera como discusión. El tono obsesivo con que se propuso la cuestión, incentivada por los enconos lugareños, fue una de las causas de que el movimiento obrero se convirtiera después en una suerte de coto cerrado del nacionalismo, sólo matizado por la presencia de los trotskistas. En todo caso el PIR, por ejemplo, entró en el llamado Frente Antifascista, que se convirtió a la fuerza en uno de los instrumentos políticos de la oligarquía, dando más importancia a las fortuitas veleidades neutralistas de los principios del régimen que a las contradicciones de clase que estaban ocurriendo por debajo de las inofensivas medidas de la administración. Ya aquí, desde luego, se advertían las grandes dificultades que hay para la subsunción de las luchas mundiales en las luchas locales, de la propia teoría frente a los casos específicos de poder.

La oligarquía, ahora con el apoyo de estos sectores izquierdistas, no tardó en obtener núcleos de respaldo dentro del propio ejército villarroelista. Militares como Pinto, Arenas, Mercado, que ocupaban los más altos cargos dentro del régimen, fueron los que dieron las bases para el derrocamiento del régimen en el que actuaron sectores estudiantiles y populares movidos por el PIR. La oligarquía pensó en esta acción como una vindicta definitiva y una restauración total; sólo así se explica el grado morboso hasta lo bárbaro de la conclusión del movimiento subversivo, que fue el colgamiento de Villarroel y sus colaboradores en la plaza Murillo. Villarroel, en una actitud que se parece mucho a la que adoptaría después en Chile Allende, no se defendió; esperó a sus victimadores en el Palacio Quemado, negose a huir, con una suerte de dignidad acusatoria que configuró sin duda un acto de grandeza.

Era imposible que un episodio como este dejara de tener consecuencias porque, además, el país como conjunto había puesto en movimiento el esquema de sus clases sociales, de una manera que ya la derecha no podía racionalizar. Los mineros, por ejemplo, pretendieron de hecho, avanzar sobre La Paz.

Pero las investigaciones que se han hecho después revelan que el acontecimiento tuvo un alcance inesperado, que comprendió incluso a los sectores que parecían más ajenos a la política tal como estaba todavía planteada. Tal lo que ocurrió, por ejemplo, con los campesinos de la zona de Independencia, en Cochabamba. En el momento mismo del colgamiento de Villarroel estaba realizándose el llamado Congreso Indigenal, que reunió a dirigentes más o menos improvisados de los campesinos de todo el país, en gran parte para avalar con su concurrencia la supresión del pongueaje. Un dirigente campesino de la zona de Independencia presenció el colgamiento de Villarroel. Pertenecía a la misma región en la que tenía sus propiedades el coronel José Mercado, uno de los miembros de la RADEPA que había pasado a formar parte de la conspiración oligárquica contra Villarroel. A pesar de eso, Mercado fue también perseguido por el nuevo régimen y se refugió en su hacienda, donde llegó casi al mismo tiempo que el mencionado dirigente campesino. Este, según la reconstrucción que ha hecho Dandler, (8) reunió a los caciques del lugar y explicó los hechos de La Paz (empezó diciendo: "Ha muerto nuestro padre"). El resultado fue una rebelión campesina en toda la región y el asesinato de Mercado. Tal el grado que había alcanzado la comunicación entre las clases, hecho imposible en las etapas históricas anteriores.

Se suele situar en 1952 el momento de la destrucción del Estado llamado minero-feudal. Es, en efecto, el momento de su caída concreta. Pero un Estado agoniza durante un tiempo más bien prolongado antes de caer y trata una vez y otra de restablecer los momentos de su florecimiento. Con el colgamiento de Villarroel se abre el período de una lucha abierta entre un Estado en decadencia y el movimiento democrático burgués en ascenso invencible. Con las armas y sin ellas, en todos los escenarios, se da un enfrentamiento destinado a concretar en el Estado, lo que en el fondo, había ya ocurrido en la sociedad; después de todo, cuando se habla de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado político, se habla de la relación entre las clases como verdad, es decir, en sus relaciones productivas y la forma de su manifestación en la política.

Desde aquí vemos los hechos como una fatalidad, como un curso incoercible. Pero quizá no lo eran en ese momento. De todas maneras, que el MNR, como cabeza de esta tendencia, pudiera ver las cosas y la política oligárquica no pudiera hacerlo, enseña el primer carácter de un sujeto de poder caduco: el signo de su perdición está en su fracaso en la discriminación objetiva de la situación, en su engeguamiento. Por consiguiente, lo que llamamos la lucidez de un movimiento o su beocia no son sino la aplicación de datos del individuo a capacidades que aquí nacen de una determinación material. Nadie es lúcido cuando su soporte clasista no le da los elementos para serlo.

La experiencia ha provisto para entonces a los hombres del MNR del conocimiento robusto de tres hechos simples, incommovibles. Ellos sabían, por un lado, puesto que habían estado dentro del poder oligárquico (Paz

(8) *En una investigación inédita.*

Estenssoro había sido empleado de la Patiño, etc) que la clase dominante era vulnerable. Eran demasiado próximos a esta clase como para creer en su superioridad. Sabían, por otra parte, que los militares, ni aún los más robespierrianos tenían la capacidad como para integrar a las nuevas clases de la política, (es decir, que ellas se integrarían, en su caso, contra los militares, pero con una marea revolucionaria que el MNR en su corazón no deseaba). Ni la fracción radepista del ejército ni la oligárquica tenían la posibilidad de pronóstico de la situación revolucionaria que, sin embargo, se preparaba a la vista. Sabían, por ejemplo, esto es lo capital, que el nuevo personaje central era la clase obrera. Esto es importante. No era un conocimiento de la clase obrera por la vía del marxismo sino por la práctica política; es decir, la conocían *no desde el punto de vista obrero sino desde el punto de vista del proyecto burgués que contenían*; como era un proyecto burgués mucho más avanzado que el prevaleciente en manos de la oligarquía, por tanto, se daban cuenta de que o se daba un papel a los obreros o ellos se lo tomarían tarde o temprano. Del intento de mantener al proletariado como grupo tan exiliado como los campesinos indios, que hacía la oligarquía, a este momento, hay una gran distancia, que muestra cómo la fuerza de las cosas -y no las lecturas- es lo que moderniza a las clases. Desde el principio, el MNR se constituye en un puente entre los militares y la clase obrera, y aquí están las raíces de la burocracia que intentará constituir en la hora de su pleno poder.

XVII.- GUERRA CIVIL DE 1949

La guerra civil de 1949 indica la envergadura que había ido cobrando el movimiento a través de dos hechos. Primero, que el núcleo democrático-burgués está en el proletariado minero y no en el campesino; aquí una clase está llamada a liberar a la otra y que su corazón sea el movimiento obrero hace que sea una revolución democrático-burguesa que se sentirá frustrada cuando no pueda ir más allá de la revolución democrática. Segundo, que es una revolución nacional; se trata, por primera vez, de acontecimientos nacionales en su espacio, porque ya participan todas las regiones. Esto desmiente de modo cortante a los que creen que pueden definir los índices de participación a partir de los meros indicadores funcionales o económicos; la difusión ideológica, en especial si ella se ha hecho más fácil en casos como el dado por la guerra del Chaco, se vuelve un factor objetivo. Cuando todos tienden a la unificación, todo ocurre para todos.

En una acción relámpago, el MNR acabó por apoderarse de cinco de los nueve departamentos del país. Que ello pudiera suceder sin que en la práctica se dispusiera de armas demuestra el carácter abrumador -en cuanto a su número- del movimiento. Es cierto que el intento fracasa en La Paz y Oruro, o sea en la zona del poder central. Pero se apodera de los distritos mineros y de una gran extensión del país. Esto significa que era el centro político el único lugar donde todavía tenía superioridad el Estado: al alejarse de su punto de eficacia o al encontrarse con concentraciones definidas, las cosas están perdidas para él. El modo mismo del planteamiento militar de la oligar-

quía demuestra entonces una psicología sin armas, los obreros fueron rodeados en Catavi por el ejército y, en represalia, tomaron como rehenes a los gerentes y técnicos norteamericanos de la empresa. Al atacar el ejército (nótese que se trata de un ejército del que han sido purgados los radepistas, que están combatiendo con el MNR, al que se habían asimilado), los mineros ultimaron a sus rehenes.

Las dos principales batallas se libran en Potosí y en la quebrada de Incahuasi, dentro del departamento de Santa Cruz pero paso hacia Chuquisaca. Los mineros de Potosí hicieron una emboscada eficaz sobre el ejército que marchaba sobre ellos y le ocasionaron un número descomunal de bajas. Reforzado el ejército, les obligó a resistir en la propia ciudad de Potosí, donde el combate fue encarnizado en un grado increíble. Resucitando costumbres que no habían reaparecido desde la guerra de la Independencia, el ejército colgaba los cadáveres en los postes y árboles y fusiló a un gran número de resistentes mientras los demás se replegaron hacia Chuquisaca y lo harían finalmente hacia Santa Cruz (Incahuasi), donde se libraría la batalla final. Pero es todavía más elocuente que el movimiento triunfante en Santa Cruz y la batalla de Incahuasi el hecho de que se sostuvieron al mando de campesinos de una región desvinculada en absoluto del centro económico nacional. Por que el MNR pudo movilizar entonces a la gente de la misma región donde después iba a intentar asentarse la guerrilla en 1967, está enseñando la diferencia que hay entre intentar un movimiento armado sin movilización nacional previa de masas y uno que sí disponía de eso en gran extensión. O sea, es la hegemonía de clase la que hace posible plantear la cuestión del poder y sólo por excepción puede el poder, *a posteriori*, construir la hegemonía de clase. Aquí el frente democrático-burgués era la mayoría absoluta, tenía su núcleo eficazísimo de operaciones en el proletariado minero y aun su propia perspectiva de aparato estatal en el MNR. O sea, las masas crean a las armas; la guerra civil preexiste a la disposición de las armas, debe estar ya en el ánimo de las gentes. La adquisición de las armas es sólo un resultado de esta difusión. En lo subjetivo, la situación revolucionaria consiste en eso: en que se está dispuesto a arriesgar la vida por las cosas del poder. Como notación adicional, hay que observar que si el MNR debe plantear aquí como una guerra civil que aspiraba a avanzar desde la periferia hasta el centro, distribuyendo la tierra, lo que había planteado en 1943 como conspiración civil-militar, es también algo bien ilustrativo de la nueva situación. En 1943, esto era una innovación porque, hasta entonces, toda conspiración era militar. Explotaron entonces lo que tenían de superior, que era su capacidad de actuar dentro del aparato militar, capacidad que, como hemos visto, no tenía ningún otro sector. Purgado el ejército, el MNR explota en 1949 la pérdida que tuvo dentro de los militares compensándola con su influencia en las masas mismas y por eso tiene que plantear como una guerra civil lo que antes debió existir como conspiración.

Lo que viene en seguida es típico de un poder en disgregación. A pesar de que el sistema electoral era de voto calificado, con lo que se excluía a la mayor parte de los obreros y todos los campesinos, Paz Estenssoro, jefe del MNR, resultó vencedor en las elecciones de 1951. Si la oligarquía hubiese

tenido confianza en el funcionamiento de su propia democracia y, en particular, en su control sobre el ejército, le habría resultado factible entregar el poder al vencedor y, sin embargo, bloquear legalmente su programa o condicionarlo e incluso, esto es ya una pura hipótesis, apoyar al MNR en sus relaciones con los aliados peligrosos, que eran los mineros (como hizo la derecha en Chile, con Allende). Prefirió empero el camino más rutinario de desconocer las elecciones, encaramar en el poder a una nueva junta militar y, en fin, suprimir todas las alternativas democráticas. Con ello se complementaron las condiciones subjetivas para que, menos de un año después, existiera la insurrección de masas del 9 de Abril de 1952.

XXVIII.- INSURRECCION POPULAR DE 1952

Este es quizá el acontecimiento más extraordinario de toda la historia de la República (9). El que, en su forma, se tratase de un golpe de Estado transformado en insurrección significa a la vez que el MNR, cuyos negociadores o conspiradores eran, en el caso, Lechín y Siles, planteaba como traspaso del mero aparato estatal lo que iba a ocurrir en la realidad en términos mucho mayores, como sustitución de un Estado por otro, de un bloque de clases por otro, es decir, como una revolución en forma. Explotando las condiciones que venían del prolongado proceso de disolución del poder oligárquico, Lechín comprometió en la conspiración inicial nada menos que a Seleme, ministro del Interior y, sin duda, el segundo hombre del régimen. Trabado el combate, Seleme no pudo menos que entregar algunos centenares de fusiles que fueron a dar a manos de los fabriles de La Paz y los mineros de Milluni, que habían sido masacrados con crueldad en 1950. El ejército resistió, sobre todo por medio de sus tropas selectas, como el Colegio Militar, pero la táctica popular se fundó en dos pivotes de éxito: primero, en obligar al ejército a dividir el combate en infinidad de pequeños combates, con la que se le imponía entrar en contacto con la masa de la población; en esas condiciones, la desertión de soldados alcanzó una proporción enorme. Era la aplicación de la táctica de los "corralitos", usada por los paraguayos al ejército boliviano, pero aplicada a una insurrección urbana. En segundo término, obstruyendo la logística militar. En el combate en la ciudad el dilema se planteaba a los oficiales en términos crudelísimos; o arrasaban los barrios uno a uno, con la aviación y las armas pesadas o se tenían que resignar a luchar casi con los mismos elementos de guerra que usaba el pueblo, es decir, las armas ligeras, con el factor adicional de que el número de armas en manos civiles no hacía sino aumentar por la desertión de los soldados o su captura. La masa innominada era, por tanto, el escenario natural en el que se libraba esta guerra de tres días. Los oficiales no se atrevieron, sino a guisa ocasional, al uso de las armas pesadas. Por otra parte, mientras los combatientes populares recibían el caluroso apoyo del pueblo, en abrigo, alimentos y todo tipo de protección, el ejército debía abastecerse o saqueando al pueblo o afrontando el asedio de los tiradores repartidos por techos, callejones y

(9) *Copla Popular*: "Carajo denme un fusil / denme un fusil, compañeros, / Manuel ha muerto en abril." (Cueca con pañuelo negro para Manuel Sombrerero de Jorge Suárez.)

rincones.

Tuvo una gran importancia sin duda la toma de Oruro que fue obra de los mineros de la mina de San José. Eso permitió que organizaran un sacrificio combate que impidió el paso de las tropas del sur sobre La Paz y favoreció en cambio la concentración en la ciudad de los obreros que venían de los distritos mineros. En esas condiciones, luego de que el avance de los mineros de Milluni colocó el regimiento Bolívar entre dos fuegos y lo aniquiló, el ejército no pudo resistir más de tres días de combate y comenzó a ser desarmado, primero en gran escala, con la toma del arsenal, y después parte por parte, en acciones a cargo del pueblo en general y sin mando centralizado alguno. El ejército había sido disuelto por la insurrección misma y el general Torres Ortiz, su comandante, tuvo que rendirse formalmente en Lajas, a unos 20 kilómetros de La Paz. Tal es, en un resumen que resulta frustrante, el contenido de aquellas extraordinarias jornadas.

En la cualidad de su remate, la insurrección tiene, sin lugar a dudas, un carácter espontáneo, porque nadie podía evaluar en lo previo el modo de concurrencia de las clases ni la (simbólica) dirección del acto masivo podía medir la dimensión del acontecimiento, que estaba signada por la liquidación material y concreta del Estado oligárquico y la constitución de uno distinto. Los portadores de la nueva burguesía entraban al nuevo Estado en las condiciones dadas por las masas. No habían pensado en ello; es verdad, sin embargo, que habían planeado introducir a esas masas a la política, a través del uso del viejo aparato estatal, esta vez en sus manos pero intacto en su carácter. Había, pues, una diferencia entre una cosa y la otra. Por otra parte, si aquí hablamos de masas es ya sólo un decir; son las masas -artesanos, lumpen, pequeñaburguesía, estudiantes- *alrededor* del esqueleto combatiente, que era la clase obrera. Los obreros, en efecto, que habían jugado el papel central en el combate y que habían desbandado al ejército, se comportaron como lo que eran, es decir, como los amos de la situación. Había en el movimiento proletario, empero, una duplicación: se sentían, por una parte, integrantes del movimiento democrático considerado como generalidad y, por lo tanto, impusieron como algo natural el retorno de Paz Estenssoro y la reivindicación de su presidencia, como emergencia de su victoria en las elecciones de 1951. Pero, por otra parte, eran portadores semiconscientes de su propio programa, que era el que figuraba en la tesis de Pulacayo, aprobada en 1947. Lechín expresaba lo primero; lo segundo, demostró ser un germen imposible de desarrollarse en tanto cuanto no se diferenciara la clase del movimiento democrático general, es decir, ya como partido obrero.

XIX.- EL CARACTER DE LA REVOLUCION

Una cosa es que los grandes sentimientos y la propia grandeza se realicen en los individuos o en los grupos y otra cosa que asuman ellos un carácter de masa. Por eso, al nivel boliviano, se puede decir de la insurrección de 1952 lo mismo que escribió Hegel de la Revolución Francesa: "Todos los seres

pensantes han celebrado esta época. Una emoción sublime reinaba en aquel tiempo. El entusiasmo del espíritu estremeció al mundo, como si sólo entonces se hubiese llegado a la efectiva reconciliación de lo divino con el mundo”.

La insurrección triunfante, en efecto, crea un momento de disponibilidad total del poder. La clave la dieron las masas, porque se sitúa en la destrucción del viejo aparato represivo. Si no hubiera ocurrido aquello, habríamos estado sólo ante un cambio dentro del viejo Estado. Para eso hubo necesidad de dos condiciones: primero, la división del aparato represivo mismo, que no era sino un eco material de la disolución ideológica de aquel Estado y segundo, la participación de las masas. Con todo ello se configura el carácter de una auténtica revolución democrático-burguesa; pero es algo que propone a la vez varios problemas consiguientes en el análisis.

Es cierto que el Estado oligárquico tenía una cúpula efectivamente burguesa o capitalista. Nadie puede decir que Patiño, Aramayo o Hoschild (y no sólo ellos) no fueran burgueses. Su ideología, empero, no lo era y, si se habla de Estado oligárquico es, precisamente, para fijar cierta connotación. Era una burguesía que no era burguesa sino en ciertos aspectos muy específicos de su acumulación o sea burguesa en su riqueza pero no en su proyecto; como alcance nacional, en cambio, fundaba su propio poder en una articulación no burguesa de las relaciones productivas existentes en el país y, en último término, era la burguesía la que impedía la ampliación de la burguesía, la generalización del proceso capitalista y, en general, la realización *in-pleno* de las tareas burguesas. Es el propio Marx el que prevé en algunos de sus textos la necesidad de la revolución burguesa de luchar contra ciertos sectores de la burguesía ligados a la superestructura anterior, como la burguesía comercial respecto de la monarquía absoluta, etc. Se puede aducir también que en el frente democrático (era eso el MNR) no figuraban sino de modo esporádico elementos provenientes de la burguesía y que, por lo tanto, mal puede llamarse burguesa a una revolución a la que no concurre la burguesía efectiva y que, en cambio, derriba a la burguesía verdadera, la existente. Esto es verdad, pero he aquí que la pequeña burguesía, por su familiaridad tradicional con la clase dominante, funcionaba como una suerte de ejército de reserva de aquella clase dominante y que, en la circunstancia, pasó a comportarse como una suerte de preburguesía por cuanto tendía de manera ineluctable a crear burguesía y a convertirse en burguesía ella misma. He aquí que los mismos que no son todavía burgueses, tienen sin embargo, una conciencia actual mucho más profunda de las tareas burguesas que la burguesía que, en cambio, estaba resuelta a obstruir.

No hay muchas novedades en todo esto. La presencia de un sector capitalista, así sea uno tan angosto como el que había en Bolivia, crea incentivos de aburguesamiento. Pero si la burguesía origina a la vez modalidades no de expansión sino de restricción o encerramiento, es decir, si tiene un comportamiento oligárquico, los sectores que quieren aburguesarse acaban por actuar como verdaderas fracciones burguesas descontentas y aunque, en principio, no se proponen sino la ampliación de una clase, se ven obligadas a destruirla para reconstruirla de inmediato con mayor amplitud y autenticidad. El elemento de “sustitución de una clase por otra en la naturaleza de clase

del poder político" se da aquí en este sentido. Primero el poder fue a dar a manos del frente de masas y, por un momento, se concentró en la clase obrera. Después, vista la impotencia de las masas ante sí mismas, el poder fue a dar a manos, en lo esencial, de la pequeña burguesía en su contenido preburgués. Pero, en todo caso, no hay duda de que aquí una clase reemplazó a otra, que un Estado se erigió sobre la destrucción del anterior y que el papel decisivo lo jugaron las masas.

Ahora bien, en estos órdenes tan matizados del fondo clasista, tenemos que preguntarnos qué es lo que define el carácter de una revolución. Se presentan aspectos subjetivos y objetivos. Por lo primero, el objeto que se busca y también el sujeto clasista que juega un papel protagónico. No es raro el caso de algunos que definen las tareas por la vía de quien las realiza y, en este caso, por ejemplo, sería proletario todo lo que el proletariado hace. En tal sentido, puesto que la clase preponderante en el momento de climax fue el proletariado, que oficiaba de organizador elemental y jefe de todos los demás sectores oprimidos, entonces tendríamos que hablar de 1952 como de una revolución proletaria. Es criterio no pertinente a todas luces. Tampoco es un punto fuerte de definición el objeto que busca el proceso. Aquí, dicho del modo más simple, se buscaban objetivos diferentes, según la clase y el sector de la clase, aunque todos ellos estuvieran dentro del pacto revolucionario. Por lo demás no estaba tan claro para cada uno de estos actores qué es lo que quería en efecto extraer de dicho proceso, salvo quizá para los campesinos. El proletariado, a su turno, no era todavía en realidad proletario; estaba plasmando su introducción material no ya en las disputas históricas en general sino en la cuestión del poder, que es su culminación. Pero no era un planteamiento consciente del tema del poder y, en general, puede decirse al mismo tiempo que era una clase tan victoriosa como impotente, todavía lejana con relación a su propia ideología, que es el marxismo. No se había dado en el proletariado la fusión entre su impulso democrático espontáneo y el socialismo como ciencia, o sea entre la masa pura y la conciencia. Lo que define por tanto a una revolución en general y a ésta en lo particular no es lo que se supone que se quiere en ella ni el carácter de los sujetos clasistas ejecutantes, aunque un aspecto y el otro tienen obvia trascendencia, sino el curso objetivo o las tareas que se ejecutan, que son lo comprobable dentro del proceso revolucionario, su resultante como suma de las coordenadas compuestas por las influencias clasistas.

XX.- LECHIN

Tal es lo que puede llamarse el acervo de clase de la revolución. Tenemos una situación revolucionaria típica: es la fiesta de la plebe. Ahora bien, cómo se resuelve una situación revolucionaria (porque, siendo una definición en sí misma, contiene no obstante su propia indefinición) es lo que determina el curso de las cosas por un largo período. Hoy, por ejemplo, lo que vivimos es resultado de la manera en que se concretó la situación revolucionaria de 1952. Aquí se producen hechos que se presentan como misteriosos pero

que no lo son; dentro de la fuerza de las cosas está escondida la debilidad de las cosas. En este momento, los amos son los obreros, amos en harapos -o khestis- (10) pero amos verdaderos. ¿Por qué se detienen empero ante el fuerte histórico de la clase dominante como los comuneros antes las puertas del Banco de Francia? Cada clase atrasada tiene un Banco de Francia que no puede rebasar. No había aparato represivo capaz de resistirles (había sido disuelto, con sus manos y por ellos mismos); sin embargo, entregan su poder de buena o mala gana a la pequeña burguesía, dentro de la que había algunos jacobinos y otros que no lo eran tanto. ¿Por qué lo hacen? En principio, porque aunque aquí actuaban como el partido obrero (en el sentido del primer Marx), con todo, eso no significaba nada porque el partido obrero no se había desprendido del partido democrático en general. Cuando no se produce esta diferenciación no es el partido obrero el que impone su carácter al movimiento democrático sino el movimiento democrático que recibe carácter de la pequeña burguesía. Esta relación se concreta de un modo bien definido en Lechín, el caudillo indiscutible de la clase obrera. Tenemos aquí una personalidad tan seductora como entregada a la aventura histórica, tan combativa e insistente como no despojable de un hábito de insólita frivolidad. Como se dijera, la acción enamorada de la acción y sin otro fin que no fuera ella misma. Fue Lechín, por cierto, un instrumento de eficacia imprevista para la clase obrera en su necesidad de dialogar con la pequeña burguesía; pero no hay duda de que fue a la vez la clase obrera un instrumento de Lechín para existir ante la pequeña burguesía, que privilegiaba otro estilo: el paradigma de los pequenoburgueses era Paz Estenssoro, es decir, aquel que tuviera las virtudes de un burócrata moderno. Ni Paz ni sus congéneres pudieron expresar la profundidad de la revolución -había mil razones para ello- pero tampoco Lechín, que aspiraba a triunfar entre los pequenoburgueses y no a que la clase obrera, como clase para sí misma triunfara entre las clases de la revolución (11). Cuando la relación marchó por el curso previsto parecía no haber un problema: se diría que entonces se daba por supuesto que los obreros debían poner el coraje y el sacrificio y los doctores su buen conocimiento de las cosas del Estado. Pero cuando una cosa comenzó a molestar a la otra, Lechín mismo tuvo que cumplir su papel cada vez con mayor dificultad. Al final, porque tenía que seguir a la clase que representaba con cierta consecuencia, aún en medio de sus veleidades interminables, sus propias relaciones con la pequeña burguesía tuvieron que arruinarse. Era, sin duda, para la pequeña burguesía del MNR, cada vez más precisa en el servicio a su proyecto burgués, un personaje irritante, impositivo e indescifrable, por lo menos en el manejo de las formas; pero también, personaje necesario -como una venda- porque representaba al verdadero poder que no se atrevía a concretarse como poder o no sabía cómo hacerlo y, por último, sumiso en el

(10) *Tiznados (aymará).*

(11) *El éxito del estilo entre austero y literal de Paz Estenssoro manifestaba la impaciencia de la pequeña burguesía por modernizar un país al que sentía provinciano y caótico.*

fondo porque jamás dejó de admitir el programa histórico, de apariencia mucho más coherente, que le ofrecían los doctores del MNR. Ahora bien, el programa de aquella pequeña burguesía era la unidad nacional, la construcción del Estado nacional y entendido todo eso como la reconstrucción de la burguesía pero esta vez en términos nacionales, es decir, globales. Querían un patinismo mucho más numeroso, no localizado en una región y con un Estado que lo administrara como poder; una burguesía fuera del aparato de Estado, una burguesía dotada de su propia ideología nacional-burguesa. Ideas burguesas, sin duda, pero no absurdas, se fundaban en requerimientos, por cierto reales de la estructura del país. La clase obrera tenía, en cambio, tesis fuertes pero no un programa de clase; por consiguiente, Lechín no hacía otra cosa que apoyar el programa de la pequeña burguesía pero dándole un tono radical que no servía en último término sino para reforzarlo. *"Bolivia -escribió un teórico de la reacción de entonces- ha sido siempre un país extremista" (12).*

XXI.- GRANDEZA Y MISERIA DE LA EPOCA

Ideas todas, de otro lado, correctas en su contexto pero irrealizables como no fuera de una manera mucho más reaccionaria que el punto en el que habían sido pensadas o de un modo mucho más radical de lo que aquel sector de bienpensantes podía aceptar. La enumeración misma de las medidas da el tono de las cosas pero aquí hay que tener en cuenta que una medida no se propone y ni siquiera se apoya; para existir en el terreno objetivo debe estar ya presente, de esa manera, en la cabeza de las gentes. Así ocurrió. La nacionalización de las minas, por ejemplo, significó la expropiación de casi todo el capital extranjero invertido en ese momento en el país. Pero el imperialismo, que seguía muy de cerca los hechos de Bolivia, no tardó en imponer indemnizaciones excesivas y, por lo demás, mantuvo el control de los sectores claves de la minería impidiendo la instalación de las fundiciones, monopolizando el transporte, etc. Es cierto que, en determinado momento, se puede retroceder o que la economía puede postergarse al servicio de la política; pero eso es válido sólo si la transigencia en la táctica sirve para asegurar la certeza de la estrategia. Aquí no hubo nada de eso y todo resultó un gran negocio a secas para los viejos dueños de las minas.

Cuanto a la reforma agraria, tenemos ya, aquí, una obra de las masas

(12) Jorge Siles Salinas Vega, en *"A propósito de la ejemplaridad"*.

mismas bajo el impulso de la clase obrera. En su realización, muy anterior a la ley y, después, dando la forma y aplicación que quería a la ley, actuaron centenares de agitadores sociales que surgieron de la entraña de las luchas sociales del país; el origen político de esta suerte de reformadores del campo rebasaba ampliamente al MNR o a cualquier grupo específico. Tratábase de una expresión en gran escala de cuanto había acumulado, con dificultades o sin ellas, la conciencia social sobre el problema. Por eso no resulta extraño que su resultado fuera la liquidación, total en la práctica, de la clase de los terratenientes señoriales como clase misma, su extinción material. Se trató, sin duda, de una desordenada tarea de distribución de parcelas y de una organización empírica del campesinado a imagen y semejanza del sindicato obrero; con eso, no podía sino quedar desorganizada la producción pero la explotación de la tierra era tan atrasada que, a pesar de todo, la producción aumentó bastante después de pocos años.

Se habló también mucho entonces de la reforma educativa pero ello se redujo a la construcción de un número mayor de escuelas en el campo lo cual no era difícil puesto que casi no existía educación alguna en el campo antes de 1952. En cambio, dando coherencia a medidas que parecían no tenerla, la empresa estatal minera engendrada por la nacionalización de la Gran Minería, la Corporación Minera de Bolivia (COMBOL) se convirtió en un centro de acumulación capitalista y es a partir de ella que se crea la nueva burguesía minera (la llamada minería mediana) que se convertirá en uno de los dos polos centrales de la burguesía post 1952. En esto se manifiesta el temprano carácter capitalista del Estado de 1952: la minería nacionalizada es utilizada por el MNR, en efecto, como una propiedad de toda la clase burguesa en gestación o ya existente y es un campo de generación de burguesía desde el Estado. Por el otro costado, los esfuerzos se concentran en la apertura del área de Santa Cruz, dentro del pensamiento de integración geográfica del Estado nacional, donde, bajo una intensa promoción del proceso de acumulación desde el aparato estatal, se genera el otro polo burgués moderno, el de la burguesía capitalista agrícola.

Pues bien, así como Busch y Villarroel había mostrado el momento heroico de la pequeña burguesía, el MNR demostrará aquí, por un lado, las dificultades objetivas para el surgimiento de un proceso burgués eficiente (las que son propias de un proyecto de burguesía tardía, en la fase del imperialismo) y también la pobreza de sus horizontes intelectuales. Podría culparseles de no ser hombres grandes en medio de acontecimientos impregnados por la grandeza popular; por ser hombres al fin y al cabo vulgares en medio de los hechos supremos. Pero expresaban lo que el país había podido dar como racionalidad y ordenamiento. Después de todo, Paz Estenssoro es lo que hubiera querido ser Busch, aunque es evidente que Paz Estenssoro jamás habría podido ser Busch. El mismo hecho de que Paz Estenssoro hubiese resultado jefe del MNR era expresivo: era como la exacta medida; mientras

hombres como Montenegro aturdían a la pequeña burguesía movimientista con la exuberancia de su talento y su cultura, por la opuesta, hombres como Siles Zuazo, que no ofrecían más que virtudes de otra época a cambio de una formación convencional, tampoco acababan por satisfacer un proyecto que, después de todo, no dejaba de tener sus aspiraciones. Eligieron a Paz Estenssoro, es decir, a un hombre capaz de hacer un buen presupuesto y que pretendía el bien de su país en términos de proyectos módicos y posibles. Deseaba algo así como un país bien alimentado, con escuelas suficientes y buenas costumbres personales. Ello, en un lugar donde todo había sido confrontación, desorden, traiciones monstruosas y grandezas inexplicables, resultaba, en verdad, un programa atractivo, apacible y constructivo.

Para realizar el plan económico de integración del país y de acumulación burguesa, en cualquier otro país, no habría sido necesario una revolución. Eran tareas que cumple cualquier estado burgués, aunque no sea sino una de las características de los latinoamericanos. La CORFO en Chile, a partir de Aguirre Cerda, o la política proteccionista de Perón habían ido bastante más lejos sin semejantes exageraciones en el proceso social. Sin embargo, aquí, para un plan tan modesto que ni siquiera implicaba todavía la aparición de una burguesía industrial, era ya necesario destruir todo el aparato estatal previo. Por eso, aunque es fácil detenerse en la anécdota burocrática de Paz o en el civismo decimonónico que exornaba la mediocridad de la visión del proceso que tenía Siles, es preciso tener en cuenta la otra cara de la medalla. La conciencia del atraso del país, de un atraso patente, insultante, agresivo, era tan tensa en Paz Estenssoro, que lo conducía a imaginar que no debía pensarse en grandes planes dudosos sino en realizar concretos planes posibles, no importaba si al precio de ciertas abdicaciones. Siles Zuazo, a su turno, en efecto, vivió la fase más ardua de la anarquía revolucionaria. Es evidente que se entregó a una salida conservadora en su lucha contra la anarquía pero lo es tanto como que la anarquía existía. El atraso escondía su bien paradójal porque, sin él, el viejo Estado no habría sido destructible. La anarquía, por cierto, no era sólo desorden: dentro de ella estaba el movimiento del pueblo, la no pasividad. Pero ¿hay acaso algo más temible para una de estas pequeñas gentes que el atraso y la anarquía?

XXII.- LO IRREVERSIBLE DE LAS MASAS Y DE SUS ENEMIGOS

¿Qué hacían, entre tanto, sus rivales o los que pensamos ahora como sus rivales puesto que ellos mismos no se sentían tales en ese momento?. Eran los obreros en primer término, el puntal para frustrar los intentos contrarrevolucionarios de la oligarquía. Esta, sin duda, no podía plantear una

guerra civil porque no tenían, tras su derrumbe ideológico, el número de hombres necesarios, pero si los obreros no hubiesen actuado como efectivo brazo represivo del nuevo orden, el mismo ejército reorganizado no hubiera tardado en plantear una suerte de restauración. Ejecutaban de otro lado, la reforma agraria, es cierto que con la complicidad consciente o inconsciente de multitud de hombres salidos de la pobreza de las capas intermedias. ¿De donde venía, en efecto, el mayor poder de los obreros? . De su colocación efectiva en el proceso de la producción, lo cual se derivaba de inmediato en una tendencia organizativa más compacta, aunque es claro que, por el momento, aquello no llegaba a expresarse más allá del universo del sindicato. Vemos aquí cómo incluso un gran poder relativo sirve de muy poco cuando los obreros no están en condiciones de utilizar el mayor fruto del proletariado en el capitalismo en general, que es el socialismo científico. Sin esto, eran como una fuerza ciega y deambulante. Estaban creando las condiciones de éxito para sus futuros enemigos; por un lado, venciendo todos los días con sus propios brazos a los enemigos de sus enemigos; por el otro, constituyendo la clase de los productores independientes del campo, sector que iba a ser no mucho después, el principal soporte del nuevo Estado para darle la paz social necesaria para que la burguesía completara su nueva acumulación y pudiera resistir el sostenido acoso obrero. Todo esto pertenece a la índole de las alteraciones durísimas por la que tiene que atravesar una clase para formarse a sí misma.

Tal cosa tiene, como es natural, sus propios contenidos. El principal resultado del período fue la presencia global de las masas y su organización. Que los obreros no supieran explotar su poder no resta en absoluto importancia al hecho irreversible de que actuaran como clase de poder.⁽¹³⁾ Por el contrario, no hay nada más normal en el mundo que el que una clase nueva no sepa de las cosas del poder. Por otra parte, el que la organización de los campesinos acabara por vincularlos al Estado (al nuevo Estado burgués) y no a la clase obrera y que los convirtiera en la base social de la experiencia de aquél, tampoco suprime el desideratum de que una masa secularmente reducida a objeto inerte de la historia se convierte de pronto en un factor de poder político y, a veces, como se verá de inmediato en factor de primer orden, aunque ese poder se utilizará contra la misma clase obrera que los había liberado. Estamos acostumbrados a una alianza obrero-campesina en la que los campesinos aseguran el porvenir del poder proletario, como ocurrió en el esquema soviético; pero aquí, fueron los obreros los que retrocedieron en su propia vida política como resultado de su honradez democrática hacia los campesinos. No todas las alianzas de clase conducen pues al mismo fin.

Cuando se piensa en estos problemas, si es que de veras se quiere comprender la importancia suprema del hecho que consiste en la presencia sin re-

(13) La palabra irreversible se usaba entonces con frecuencia extrema. Esto -el ser clase de poder, clase que piensa en el poder como cosa suya- era, empero, lo único de veras irreversible.

torno de las masas dentro del nuevo Estado, hay que enlazar la cuestión con la historia de la clase dominante como tal en Bolivia. En general, es discutible hablar de una clase dominante como continuidad, salvo por excepción. (14) En realidad, la historia es la sucesión de sus clases dominantes. Algunas veces, empero, lo que se produce es una mutación dentro de la misma de una dominación, una metamorfosis dentro del estatuto opresivo. Hemos visto, aunque quizá no con la necesaria claridad, cómo al fin y al cabo éstos que llamamos los activos pequeño - burgueses del MNR eran, en verdad miembros desheredados de la vieja casta maldita dominante en el país, cuyos orígenes están en la propia Conquista. Es bastante explicable el que, ante el comportamiento excluyente y oligárquico del núcleo de esta casta, tanto más endogeneizante cuanto más arraigado en el enquistamiento de su ideología, el sector menos beneficiado y crecientemente despojado dentro de tal estatus, se expresara como grupo protestante, revisionista y jacobino. Era el que tenía una más directa visibilidad del hecho. Esto, en cuanto a la auto-destrucción interna de la casta capaz, sin embargo, de atravesar la diversidad de sus formas clasistas.

XXIII. LOS INDIOS Y LA CASTA MALDITA

Por otro lado, la presencia de los campesinos indios, (este grupo al que no se puede reducir a su diferenciación cultural, a causa de las mediaciones interminables del mestizaje, y tampoco a su mero rasgo clasista, a causa de sus poderosos contenidos culturales diferenciados) es, en la historia del país, siempre una presencia esporádica y por explosiones. Cuando entran en ella, en la historia del país, es como si entraran al movimiento viniendo desde la geografía, es decir, como un malón. Catari prohibió el pan porque era español y mandó cortar la lengua de algunos que se atrevieron a expresarse en la lengua de Castilla en su delante; Belzu, metió a los indios contra los ballivianistas pero después se intimidó, de un modo tan parecido al de los movimientistas, con la barahúnda del ingreso de las masas indias; mataron los indios a la cauda acompañante de Melgarejo, "bestia borracha" como la llamó Neruda, que sólo se salvó por su sobrehumana fuerza maldita, pero no eran aptos más que para una venganza, sabiéndose que la venganza no constituye nada. Quizá lo más parecido al 52 fue lo de Willka, en la guerra federal; aquí empero, otra vez, el poder indio se planteaba como exterminio de lo no indio, en un país en el que nadie sabrá nunca dónde comienza el color de una piel. Los siglos enteros del país están marcados por los levantamientos o alzamientos; es como si Bolivia entera no fuera sino lo que se construyó intramuros de las defensas levantadas contra un territorio poblado por la india. Es por eso que Juan Francisco Bedregal se preguntaba si aquí era el indio un problema para el blanco o el blanco un problema para el indio. La cuestión del poder de este país acorralado en el flanco de su minoría era, por

(14) Pero una clase dominante puede, en efecto, atravesar, conservándose como dominante, a través de diferentes fases productivas.

tanto, como en el tiempo de la guerra entre los Pizarros y los Almagro, la que se resolvía dentro de los límites de esta casta superior blancoide

Ahora, el 52, sin embargo, los indios, ya considerablemente amestizados, que eran como blancos confusos que "reían en quechua" (según la feliz expresión de Carlos Medinaceli), se abocaron a comerse en las parrillas los reproductores que trajo Patiño para su finca de Pairumani y a zapatear con sus mulas en las canchas de tenis preparadas con polvo de ladrillo inglés por Aramayo, millonario inglés en sus preferencias pero de apellido quechua él mismo. Por tanto, la reaparición del malón cobra un carácter harto diferentes. No es ya Martín Fierro luchando contra el indio sino el indio entrando por la puerta de Martín Fierro y con su complicidad. Es, en suma, una reaparición para quedarse. La propia reacción que había escrito *El pueblo enfermo*(15) se hará indigenista para defenderse del poder de los mineros. Es el acoso obrero lo que obliga a la vieja casta desgraciada a la tarea de abrir de puerta en puerta el ingreso de los indios para convertirlos, ahora tranquilos con sus cuatro conquistas a causa de su triste atraso, en sus aliados. A partir de acá, todo deberá resolverse teniendo en cuenta a los indios, que se vuelven, por vez primera y para siempre, en hombres interiores al marco humano del Estado, hecho que implica una vasta democratización de la sociedad boliviana.

XXIV.- RECONSTRUCCION DE LA CASTA SECULAR

La movilización es tan extensa, sin embargo, que amenaza de hecho con dar fin material a la casta dominante secular. Esto es lo que produce un acto casi instintivo de la clase: Los disidentes de la vieja casta dominante, que para vencer habían precipitado la movilización obrero-campesina, devienen, queriéndolo o no (aquí importa poco la profundidad de las convicciones) el conducto por el que se reconstruye la misma vieja casta sólo que ahora dentro de los nuevos términos y esta vez como burguesía y no como mera oligarquía. Que el MNR en su cúspide dirigente fuera o consciente de esto o no es poco importante; en los hechos, su papel objetivo fue ése. Tal es el resultado principal de la Revolución: la casta dominante se convierte de oligarquía en burguesía, aunque se las arregla para sobrevivir; el precio que debe pagar es la aceptación en la esfera estatal de la masa que había estado siempre fuera de ella. El quantum de esa masa eran los campesinos indios y son los propios obreros los que, merced a su atraso ideológico, crean las condiciones para que el campesinado se alíe con la nueva burguesía, que ahora tiene que abandonar sus sentimientos racistas por lo menos en las palabras.

(15) Es una alusión al reaccionario libro racista de Alcides Arguedas, libro que fue como un evangelio de la ideología oligárquica.

Hay aquí una correlación de objetivos de clase. La convocatoria al movimiento democrático-burgués había salido de la pequeña burguesía urbana que, no en balde, tenía el monopolio ideológico, la exclusividad en el uso de la oferta intelectual del país. Buscaba ella, la pequeña burguesía, la ampliación burguesa y el cumplimiento de las tareas nacional-burguesas. La propia expansión democrática del ámbito de alcance estatal es una conquista material de las masas y no parte del programa pequeño-burgués, aunque era aceptado por él. Pero cuando se hacen presentes los obreros (y en un primer momento también los campesinos) buscan ya la destrucción de la casta secular dominante como tal. En ese momento, que es el del poder obrero o de la supremacía obrera, la pequeña burguesía pasa a conducirse como su funcionario o delegado. Era seguidista con relación al poder proletario pero no creía en él ni mucho menos. Esto mismo contiene dos hechos: primero, que la clase obrera no sabía o no podía por cualquiera razón ejercer su propio poder por sí misma; segundo, que carecía de un proyecto de concreción en el tiempo de la liquidación de la casta dominante como tal. Esta última comprobó en cambio un episodio que es frecuente en la historia del mundo, que es la capacidad de clases sociales o grupos determinados de atravesar por diferentes modos de producción, sobreviviendo pero a la vez transformándose dentro de sí. Aquí la supervivencia se da, empero, no por la consistencia del sector (considerable de todas maneras por lo menos en la terquedad de sus mitos), sino por la invertebración del movimiento revolucionario.

En su momento más revolucionario, la pequeña burguesía cree en el Estado (pero nunca en el proyecto obrero, inexistente, por lo demás). Es ridículo pensar en ello como un complot desde el principio contra la clase obrera; pero creía en una abstracción -el Estado- y esto era como creer en el esquema clasista tal como se reprodujera. Cuando se ve acorralada y arrinconada (por la propia ecuación clasista, por la etereidad aparente del instante estatal) utiliza al Estado no solo para convertirse ella misma en burguesía sino también para reconstituir a la clase dominante como tal, pensando que no había más remedio que hacer eso.

Tenemos aquí un caso próximo, pero no idéntico para nada, a lo que Lenin llama la vía junker en la formación de la clase capitalista. La revolución democrática, entregada en su conducción a la pequeña burguesía que actúa como preburguesía, transforma a la clase dominante de este Estado de dos maneras: por un lado, destruyendo el sector que impedía la ampliación que era, por contraste, el único capitalista en su actualidad; por el otro, haciendo un verdadero trasiego del sector precapitalista, impidiéndole su sobrevivencia como sector precapitalista, a zonas de acumulación capitalista. Por lo demás, lo que en el principio no parecía sino un mero matiz o querella táctica, en la situación revolucionaria crece, en la medida en que tiene que manifestarse como formación económico-política, hasta convertirse en un carácter. Se ve el muy diferente matiz que adquieren aquellas que son las mismas tareas -las mismas en cuanto a forma- según cual sea el poder, es decir, la clase social que las ejecute. Ocurrió como con la revolución alemana de 1848:

lo que no pudo hacer el pueblo, lo hizo Bismarck, pero desde arriba y el pueblo tuvo que pagar un elevado precio por no haber sido capaz de realizar en el debido momento las tareas debidas. No hay nada tan terrible como no ser dueño de la victoria que uno mismo ha obtenido.

Todos los intentos de restauración oligárquica resultan derrotados y son los obreros y ahora también los campesinos los que actúan, tal como se han apuntado, como el brazo armado y aparato represivo del nuevo Estado. El tiempo mismo, empero, irá atenuando las aspiraciones restauradoras de la oligarquía y esto, el apetito restaurador, se irá aproximando sin duda a los propios contornos, cada vez más conservadores, del nuevo Estado. En el proyecto de reconstrucción del ejército, por ejemplo, se sabe que Ovando jugó desde el principio un rol bastante importante; tanto él como otros oficiales, (digamos Sanjinés Goitia, (16) pensaban en la reconstrucción del viejo ejército oligárquico y no en cosa distinta. El que pudieran llevar a cabo su objetivo dentro de la revolución, es una señal bien clara de que este mismo proceso había creado sus tendencias conservadoras, similares a las de los sectores reaccionarios en lo previo.

XXV.- PAVOR DE LAS CLASES MEDIAS

Una fase revolucionaria es, para las sociedades, lo mismo que un cataclismo para la geografía. Hay una fase de caos, de incertidumbre e indefinición que es inseparable de tal tipo de acontecimientos. Es difícil ver en otros casos, con la nitidez que ofrece éste, el papel del Estado como atmósfera de las relaciones productivas, o sea, actuando en su función reproductiva a la vez que como una verdadera fuerza de producción. Al no saberse en la situación revolucionaria qué es lo que quiere el Estado (habida cuenta de que el querer del Estado es algo muy distinto del acto individual de voluntad) pero, sobre todo, si hay la duda acerca de la irresistibilidad de la voluntad del nuevo Estado, las propias relaciones de producción intentan reacomodarse por sí mismas y es la economía la que primero siente la falta de existencia definida del orden de los conceptos de la sociedad. La conversión del siervo en productor independiente de tipo mercantil contiene un paréntesis en el que no es una cosa ni la otra: ha dejado de ser pongo, no es todavía lo que ya puede, sin embargo, ser, esto es, productor independiente que concurre al mercado. Los técnicos e ingenieros en las unidades capitalistas, como las minas, están mucho más vinculados por la ideología con los antiguos patrones que con el Estado que ha tomado las empresas. La represión misma, en una situación tan fluida, no podía ejercitarse sino como un hecho clasista, desordenado y a menudo arbitrario. Los oprimidos de siempre no tenían por qué tratar con guantes de seda a los que habían sido los más crueles opresores. Pero los grupos

16) *Joven oficial de la oligarquía. Hombre de confianza de los norteamericanos en la preparación del golpe que llevó al poder a Barrientos. Véase infra.*

intermedios no hacían la vivencia de esto sino como pura crueldad. Los descensos de la producción se sintieron primero en el sector agrícola; pero no tardaron en alcanzar a la minería, fuente única entonces del mercado exterior.

Es bien conocida la tendencia autoritaria propia de la pequeña burguesía. Por lo mismo que se trata de un sector que no puede encontrar la homogeneidad, la coherencia ni la ordenación dentro de sí mismo, es un anhelo grupal auténtico el de la autoridad que viene de fuera. No es necesario abundar demasiado sobre esta tendencia. En Bolivia, concernía ello sobre todo a la pequeña burguesía urbana, puesto que la nueva clase de los campesinos parcelarios era lo que se llama una *clase conforme*, por razones obvias. La inflación, que hizo pasar el tipo de cambio de 40 a 14 000 por unidad de dólar, era como el símbolo de esta situación poblada por el terror de los milicianos, la inexistencia del ejército, el control obrero con derecho a veto, la falta de alimentos y el empobrecimiento de todos los sectores con ingresos fijos. Si se tiene en cuenta, además, que, en el sistema del voto calificado, estas clases medias elegían en nombre de todos, como única gratificación a su pobreza, hay que ver lo que podían pensar de un mundo en el que los sindicatos habían sustituido al Parlamento, las milicias al ejército y el voto universal al voto calificado. La depredación a la clase media urbana era evidente.

Vivió ella la época, por tanto, como una pesadilla en la que, a sus ojos, se le destruía la nación misma; el peso de la ideología oligárquica, hacía que ellas también unimismaran en el fondo de su ser a la nación con la supremacía de la vieja casta. Los prejuicios antiindígenas no dejaban de jugar un papel considerable en estas posiciones. Pues era un partido hispanista y nacionalista, el descontento aquel adquirió un acento desesperado, en la Falange (17), y los grupos que en ella tenían a su militancia, los cuales como cumpliendo un deber ardiente se entregaron a los sucesivos levantamientos que, aunque financiados por la Gran Minería, no dejaban de manifestar el descontento verdadero de las capas medias. El último de ellos fue el del 19 de Abril de 1959, en el que perdió la vida el jefe de ese movimiento, Oscar Unzaga de la Vega.

La propia pequeña burguesía del MNR, empero, convertida ahora en burocracia estatal, estaba lejos de no compartir en algo tal estado de ánimo, aunque con los debidos matices, como es natural. En el suicidio o la muerte de Unzaga estuvo presente un descontento clasista, que pretendía representar a la nación como conjunto pero también un cierto mesianismo personal, una apasionada ambición subjetiva de poder. Unzaga se sentía el titular viviente de una nación de la que pensaba que estaba siendo destruída. Pero la disensión de Guevara, (18) que lo condujo al final a separarse del poder del

17) *Falange Socialista Boliviana. Partido fundado y jefaturizado por Oscar Unzaga de la Vega. Nacionalista de derecha, fue el instrumento de las clases conservadoras durante el periodo revolucionario siguiente a 1952.*

18) *Walter Guevara Arze, autor del "Manifiesto a los Electores de Ayopaya", la figura más interesante del sector conservador del MNR.*

MNR y a luchar contra él, y la misma reorganización del ejército expresaban lo mismo: la idea de que la sobreactuación obrera estaba desorganizando a la Revolución y desvirtuándola, de que ningún plan coherente era compatible con esta presencia abrumadora. Intelectuales más relevantes por la mediocridad de su milieu que por su verdadera penetración en las cosas, puesto que el sector obrero era el más imperativo en la lucha por sus ingresos en la sucesión inflacionaria, concluyeron, como si fueran los más pedestres empresarios, en que la causa de la inflación era los petitorios obreros. Pero lo mismo en esto como en lo que veremos en seguida, que es el momento del gobierno de Siles Zuazo, había un fondo de verdad en tales requerimientos: toda sociedad, incluso la menos vertebrada, detesta el desorden; si el sector revolucionario no es capaz de proponer, imponer y construir un orden, asumirá la tarea el sector conservador del poder. O sea que lo que de un modo reaccionario decía la derecha del MNR, era verdadero en cuanto que la clase obrera era productora de caos, no a causa de sus reivindicaciones, sino a causa de su incapacidad para imponer una suerte de paz obrera.

XXVI.- COLONIZACION DE LA REVOLUCION NACIONAL POR EL IMPERIALISMO.

El punto máximo de la crisis económica se produce hacia 1956, coincidiendo con el ascenso de Siles Zuazo al poder. Este era un hombre valeroso, conciso y también opaco; construyó una carrera política a fuerza de carácter y no era, sin duda, el más dotado para imprimir una comprensión universal de la situación revolucionaria. Siles pensaba que el 9 de Abril había ocurrido como consecuencia de su dirección (no daba vueltas en esto) y que el papel fundamental había sido jugado por las clases medias a las que identificaba con sus seguidores, o sea, que no se daba cuenta final de los mismos hechos que había vivido en el centro de las cosas. En ese momento, sin duda, la situación económica habíase hecho desesperante. El imperialismo nórteamericano, que ya había obtenido un *modus vivendi* provisional con el MNR a partir de la ayuda en alimentos (lo que había influido sin lugar a dudas en la reorganización del ejército y en las primeras concesiones petrolíferas) pudo entonces imponer un plan económico global. El enviado económico de Estados Unidos, George Jackson Eder actuó con plenos poderes y sus memorias son quizá el documento más humillante que existe para la soberanía de Bolivia. Actuó en todo como un enviado colonial; pero eso fue posible no sólo por las urgencias de la situación sino por la desmoralización del nacionalismo, que estaba más preocupado por la "destrucción" de la economía por los obreros que por la penetración imperialista. Impuso Eder un plan de estabilización monetaria que implicaba la imposibilidad de desarrollar la industrialización en torno a la minería y que condenaba a las empresas estatales a no ser otra cosa que simples centros de acumulación de la nueva burguesía. Se mostraba el enviado como un economista imperativo ante interlocutores que estaban

dispuestos a la aceptación de lo que se les dijera pues convencidos estaban de que la inflación era una pesadilla terrible y la revolución, en cambio, nada más que una palabra, una reconstrucción amañada de los hechos. Pero si un economista tan elemental como Eder pudo tener éxito en el freno a la inflación se debió en primer término al ánimo de la pequeña burguesía urbana, que apoyaba resueltamente a Siles por lo menos en esto, pesó más que ello todavía la quietud campesina, que no resultaba afectada por la inflación y que daba un enorme margen político de maniobra, incluso para un plan tan torpe como el del estulto Eder. Las consecuencias de entregar la inteligencia económica a un extranjero eran las mismas que se habían vivido con la entrega de la conducción militar a Kundt, en el Chaco. La presencia del imperialismo norteamericano se hizo invencible en su crecimiento y no es sino una derivación de este momento el que todos los egresados del nuevo Colegio Militar pasaran a entrenarse en la Zona del Canal, el que a partir de cierto momento no hubiese un solo ministro de Interior que no acabase por trabajar con la inteligencia norteamericana o que los gerentes de las empresas norteamericanas, como la Grace, resultaran ser a la vez dirigentes de la empresa minera estatal. Uno podría preguntarse aquí de la manera más legítima cómo es que los mismos que habían vivido en la fundación de su movimiento emociones tan nacionalistas que lindaban con el chauvinismo, una desconfianza al extranjero que se convertía sin cesar en xenofobia, pudieran al paso de los años concluir haciendo todo aquello y entregando el mismo petróleo por cuya defensa se supone que habían luchado. En esto, sin duda, operó ya cierto terror a las masas; pensaron que tenían que elegir entre la supervivencia organizada del país o la supervivencia desorganizada de las masas y prefirieron lo primero. Por otra parte, es claro que el chauvinismo no produce conciencia, no una conciencia capaz de defenderse, en todo caso. Lo que produce es un bloqueo que se parece al aislamiento y, por eso, suprimir como acto psicológico al mundo, no significa todavía que el mundo desaparece. Cuando reapareció la necesidad del mundo resultó que los nacionalistas no tenían una visión lógica ni actual del mismo y por eso se entregaron a algo desconocido, pensando, quizá, que lo podían controlar. El provincialismo tuvo aquí efectos desgarradores; eran efectos que no se diferenciaban del entreguismo.

XXVII.- REFLUJO OBRERO

Así, el gobierno de Siles Zuazo señala la decadencia o periclitación de la influencia obrera. En determinado momento intentó crear un "propio" movimiento obrero (los llamados reestructuradores), paralelo y sustitutivo del tradicional, lo que demuestra hasta qué punto Siles pensaba que el proletariado político era una consecuencia lateral del MNR, es decir, fruto de algo más grande y coherente a lo que debía acatar. Los rebasamientos obreros eran vistos, por tanto, como el resultado de la agitación comunista, impura con relación a la verdad del movimiento. Aunque Siles fracasó en su intento de hacer un sindicalismo "silista", no hay duda de que aquí el proletaria-

do vivía un reflujo, que su éxito no consistía ahora más que en sobrevivir con un mínimo de autonomía y de que, por otra parte, el Estado de 1952 ya tenía la fuerza como para acosarlo sin tener la necesidad de recibirlo. La fase bonapartista del proceso revolucionario, que había comenzado en la segunda parte del gobierno de Paz Estenssoro, llegó a su ápice. Jamás logró la burocracia un sindicalismo subordinado al poder (lo cual es decir que la burocracia civil no sometió a la sindical, mientras la militar aguardaba su hora) pero la época del poder subordinado al sindicalismo había concluido. Todavía los obreros salían a luchar cada vez que se daban intentos propiamente contrarrevolucionarios (como los de Unzaga o el levantamiento de los carabineros en 1960) pero ya estaban en contradicción con los lineamientos del poder, sobre todo, con el Plan de Estabilización Monetaria. La desorientación obrera era, con todo, algo muy evidente. Lechín mismo cuyo cuerpo y vida estaban en el movimiento obrero pero cuya cabeza pertenecía sin duda a la pequeña burguesía, al servicio de sus ambiciones tan volátiles, aspiraba a lograr una convivencia con los norteamericanos. No se explica de otra manera el que, al mismo tiempo que se opusiera al Plan de Estabilización, sin embargo suscribiera el llamado Plan Triangular, que era su resultado en cuanto a la reorganización de la minería estatal. Aun así, la oposición obrera a Siles Suazo, tenía todavía la fuerza necesaria como para imponer la reelección de Paz Estenssoro para la sucesión y el nombre de Lechín como vicepresidente (1960).

Era una ilusión no sólo de los obreros sino de toda la izquierda suponer que la imposición de este binomio implicaría el retorno a la fase revolucionaria. Esto es algo recurrente en la historia. La fijación sentimental en una hora del pasado suele ser una de las más ruinosas formas de alienación con relación a lo inmediato; en nombre del rescate del momento del pasado que se considera que fue el de la gloria o plenitud, se cometen las más costosas arbitrariedades en el análisis de las cosas tal como son en la actualidad. En efecto, así como el gobierno de Siles Suazo, no fue sino el desarrollo de la parte final del período primero de Paz Estenssoro, el segundo gobierno de éste fue la prosecución de los lineamientos dados por los norteamericanos a la política de Siles Suazo. El país entero, su ejército, el propio proceso democrático-burgués, estaban ocupados por el imperialismo norteamericano. Esto no podía cambiar con Paz Estenssoro porque éste, acostumbrado a moverse según la fuerza de los hechos, con el mismo acto mental con que había aceptado como parte de la naturaleza de las cosas a las masas en acción en 1952, aceptaba ahora a los norteamericanos; lo que le interesaba era canalizar la presencia norteamericana hacia los planes de desarrollo y así lo hizo. Se planteó un tipo de desarrollo económico dentro de lo aceptado o lo exigido por el imperialismo. (19)

19) *Al revés de lo que hizo en el periodo 1952-55, cuando si intentó un tipo de desarrollo sostenido por el ahorro interno. Esta experiencia, que pertenece a la fase del mayor compromiso revolucionario, fue el fundamento, por ejemplo, de todo el desarrollo posterior del área de Santa Cruz.*

Que el sucesor de Paz Estenssoro debía ser, en la nueva situación, Lechín era, por su parte, una suerte de sobrentendido y es verdad que el movimiento obrero estaba dispuesto a conceder bastante, en lo que pensaba una mera táctica, al servicio de este proyecto. El plan norteamericano, había pasado entonces de la economía a la política y estaba lejos de restringirse solamente al freno de un asedio de masas; consistía, precisamente, en lo contrario del plan de Lechín o sea, en la ruptura concreta de todo lazo entre el MNR y el movimiento obrero y en la aniquilación política de éste.

Ya en las postrimerías del régimen de Siles, el ejército llegó a rodear Siglo XX-Catavi, la mayor concentración minera, como emergencia de un incidente huelguístico. Los obreros repitieron entonces lo que habían hecho en la guerra civil de 1949: tomaron como rehenes a ingenieros norteamericanos y amenazaron con ejecutarlos en el caso de que el ejército ingresase a las minas. La mediación de Lechín impidió que las cosas llegaran a ese punto pero era visible la descomposición de todo. La prueba de que se trataba de un plan previsto y no de una mera emergencia se dio cuando Henderson, embajador norteamericano a la sazón, planteó a Paz Estenssoro en 1964 una suerte de silogismo no tan diplomático, aunque es cierto que aquel yanqui por razón alguna estaba dotado por la naturaleza para saber lo que era un silogismo. El planteamiento, en todo caso podía resumirse así:

Premisa primera: La segunda parte del Plan Triangular no puede concretarse si expertos norteamericanos no revisan *in situ* la ejecución de la primera.

Premisa segunda: Dicha revisión no es posible si no se otorgan garantías tales, para el cumplimiento de su misión y esas garantías no son posibles sin la presencia del ejército en los distritos mineros.

Ergo, intervención militar al punto. Intervención no pacífica, por lo demás, puesto que los mineros, ya en un tren de instinto receloso hacia los militares, de ninguna manera admitirían la presencia militar sin contraponerle su propio reparo armado. Todavía Paz Estenssoro evaluó las cosas con corrección, diose cuenta que la cosa contenía matanzas seguras y se negó con gesto airado al asunto. Henderson, reuló entonces y acabó por aceptar a regañadientes aquella posición del Presidente; pero no fue sino una postergación. Un año después, derrocado Paz, el ejército ingresaría a sangre y fuego en todos los distritos mineros por medio de las que son conocidas como las grandes matanzas de 1965.

La historia del país comienza acá a moverse dentro de los perfiles dados por las modalidades norteamericanas de acción a través de sus servicios de inteligencia, sobre todo la CIA. La *entournage* de Lechín, como se supone, mezclaba a luchadores sociales verdaderos con una burocracia sindical que se había corrompido cada vez más en el transcurso del ejercicio del poder. Pues bien uno de estos "hombres de confianza" del caudillo sindical inva-

dió por azar una fábrica de cocaína en Cochabamba. No entregó a las autoridades la cantidad de droga que había capturado sino que la comercializó por cuenta propia, según él, con objeto de "adquirir armamento". En todo caso, con anuencia de Lechín o sin ella para la operación, el asunto fue detectado no por las autoridades sino por la CIA que tenía contactos estrechos con el entonces ministro del interior, José Antonio Arze Murillo. Este, por tanto, tuvo un verdadero acceso de moralidad, planteó el asunto, pasando por alto al propio Paz Estenssoro, en términos de producir escándalo político y acusó de modo directo al vicepresidente, cuyo enjuiciamiento solicitó al Congreso. Lechín prefirió pensar que Arze Murillo había actuado aquí por encargo de Paz Estenssoro y no de los norteamericanos; (20) Paz Estenssoro, a su turno, tentado por la posibilidad de una reelección, optó por hacer mutis por el foro y, en fin, nadie hurgó la verdad de las cosas que consistía en que la CIA imponía con sus embrollos y complots las decisiones políticas. Una dudosa transacción que consistió en alejar a Lechín, dándole la embajada de Italia, y a la vez impedir al juicio frenó por el momento el asunto pero ya estaba claro que el MNR había roto con el movimiento obrero. Que éste, el movimiento obrero, rompiera con el MNR por un lío de drogas precipitado por la CIA demuestra hasta donde había degenerado la política dentro de esto que ya sólo por inercia se seguía llamando la Revolución. El mundo ahora no venía a Bolivia con los empréstitos ni con las ideas traídas de París por gentes como Alcides Arguedas; ahora estaba aquí, con sus agentes mismos. En la costumbre del coloniaje, la clase política sólo aspiraba a acomodarse de la mejor manera con los agentes del imperialismo. Pocas decadencias han sido tan poco sensibles al interés nacional como la decadencia del nacionalismo. El nacionalismo había bajado desde el fervor de Busch hasta el alquiler que hacía Arze Murillo de sí mismo para recibir los dineros de Agee.

XXVIII.- EL DESPOTA IDIOTA

La justificación que daba Paz Estenssoro para la aventura de la reelección era la búsqueda de un *status quo*, a objeto de dar contento a los norteamericanos (como si su sólo objeto hubiese sido el impedimento de Lechín) y a la vez margen a la reconstrucción de una autonomía mínima al poder político. Los norteamericanos, empero, habían tomado ya la iniciativa de las cosas y campeaban como dueños del país. Esta gente, elemental y a la vez poderosa, tenía en esto -en la facilidad con que se tomaron toda la clave de sus éxitos; pero también la de su indefectible perdición. Ningún sueño, es tan absurdo como el infinito poder, Tamayo con el gran poder de su espíritu había escrito sobre ellos: "no se es impunemente poderoso".

20) Philip Agee, empero, describe en su diario los contactos de Arze Murillo con la CIA. Véase Philip Agee, *CIA diary*.

Aquí es donde aparece la figura de René Barrientos. (21) Así como los liberales habían organizado el ejército de la oligarquía a la manera prusiana, marcando el *links-recht* y marchando con el paso del ganso, la revolución nacional reorganizó el ejército con las armas norteamericanas, los uniformes norteamericanos, los reglamentos norteamericanos y, obviamente, la doctrina norteamericana. Después de todo en las otras armas, sobrevivía algo del Chaco y su generación; en la Fuerza Aérea Boliviana FAB, empero, puesto que casi no había existido antes, el ambiente era el de una norteamerización total. Barrientos mismo, que tenían la apariencia de un

21) *He aquí un retrato, que pertenece a otro trabajo mío, de Barrientos, haciendo notar en ello el entrelazamiento entre los oficiales, la oligarquía tradicional y el imperialismo:*

Barrientos era un hombre bien parecido, de piel tostada y de una estatura mediana, en el límite con la alta; se podría decir que era atlético, sin llegar a ser rudo y hasta el fin de sus días apareció siempre con el aire particular de un oficial respetuoso y bien educado. Esta primera impresión resultaba sin embargo decaída pronto, como consecuencia de una voz atiplada, en la que se había instalado una ganga de seminarista, que sólo era parte de un aura de indefensión que él había desarrollado acaso gracias a su astucia, que era considerable, intuitiva pero también eficaz. Entusiasta partidario de la ropa de estilo yanqui, se complacía en llevar el cabello cortado al rape como los aviadores de ese país, siendo aviador él mismo y además entrenado allá. Era flagrante la órbita angosta donde se habían refugiado sus ojos, que transmitía una mirada mezquina y como aterrorizada pero esta labilidad general, que él había aprendido a continuar con un tratamiento solicitante a los demás, era engañosa en absoluto. En el fondo era un hombre resuelto, la naturaleza lo sobredotó con una salvaje audacia que se contradecía con aquella aparente falta de medios y, temblándole las manos, acababa sin embargo por llevar a cabo empeños por lo menos insólitos, como la destitución de Ovando en el Palacio, que fue obra sólo suya, o su salto en paracaídas, después de que dos hombres habían muerto antes usando los de la misma serie. Es evidente que el aspecto de su coraje ha sido exagerado hasta el absurdo por quienes lo promovieron y en este orden de cosas tenía la conducta común de un hombre boliviano. Con todo, el fondo de su personalidad residía en una esencial falta de capacidad de captar las proporciones del mundo y de sí mismo: la realidad era un dato ajeno a él y, a partir de este quid compuso una personalidad patológica sin dudas. La cruel determinación con que usó el poder, más allá de lo que le pedían los yanquis ni nadie, recordaba por contraste el modo entre rastrero y abrumado, la tan poca dignidad con que en sus momentos adversos recibía, por ejemplo, las interpelaciones personales de Paz Estenssoro, en el período conspirador. La virilidad de su gesto realmente no era muy impresionante. Pero aquella doblez resultaba, al fin y al cabo, más o menos normal; no lo es en cambio el intento de reconstruir el propio pasado, contra toda evidencia, como cuando dijo que era doctor en economía, porque en ese momento aborrecía a Paz Estenssoro que era economista, o que había sido abanderado del Colegio Militar, porque estaba torturando a Vázquez Sempertegui, que lo había sido realmente, o cuando presentaba su diario de combatiente político porque acababa de publicarse el de Che Guevara. No era una cándida megalomanía por la que pretendía ser muerto en el entierro o novia en la boda, como dijo en su chunga alguna vez Quiroja Santa Cruz. Era ya una personalidad que se veía a la vez desdoblada y aterrorizada, que reaccionaba ante el mundo, que le parecía, de continuo enemigo, con un odio este sí poderoso de un modo casi biológico hacia quien le recordaba un sector u

oficial yanqui, se ocupó en detalle en explotar sus entrenamientos. Ascendió en la Fuerza Aérea y hacia 1963, ya comandante del arma, en el mes de enero, se daban las condiciones para que, en una recepción que se llevó a cabo en Fort Myers, Virginia, el general Curtis Le May, comandante de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, brindara por la futura inevitable presidencia de Bolivia del general Barrientos. Volvió Barrientos de este viaje en condiciones de utilizar una chequera en blanco que se le había dado al coronel Sánjinés Goitia. Este personaje, hijo de un general que se había apo-

otro de sus inferioridades. Que nombrara después ministros al mismo tiempo a su hermano y a sus dos cuñados, mientras uno de sus suegros era embajador en París y el otro Cónsul en Antofagasta o que oficialmente se mostrara, según fuera una u otra ciudad, con sus dos esposas no parece sino una broma truculenta que Valle Inclán olvidara del Tirano Banderas pero lo mismo se dio impetu para bautizar a su helicóptero con el nombre del caballo de Melgarejo, porque en efecto no le importaba la opinión del país estupefacto. Holofernes se llamó, desde entonces, el helicóptero aquel, regalado por la Gulf, al que Barrientos amaba lo mismo que Melgarejo a su caballo. A cambio de este equino, acabó por ceder Ladario a los brasileños, que se lo habían domado, igual que la Gulf el aparato aquel, un siglo después. Su historia formal es menos interesante. Es cierto que tuvo un nacimiento desgraciado y que fue criado en un orfanato de Tanata, pueblo natal suyo y también de Melgarejo lo que quizá explica, junto con otras causas, la veneración de aquel caballo. La falta de vocaciones sacras hizo que sus protectores lo indujeran a hacerse cura y su paso por el seminario le dejó algunas huellas menores -como su voz- pero su destino no era ser obispo de Cochabamba sino dictador de Bolivia. Si la lógica tiene elgun valor, tuvo que ser un estudiante muy modesto y ello debió confabularse con su pobreza para mudar su destino hacia el Colegio Militar, donde sus condiciones de buen deportista y un mínimo de espíritu militar fueron suficientes para hacer una carrera mucho mejor. Tuvo alguna confusa actuación en la guerra civil de 1949 y fue militante activo tanto del MNR como de FSB pero lo que se sabe con certeza es que fue copiloto de Walter Lehm, en el avión que trajo a Paz Estenssoro de Buenos Aires, el 15 de Abril de 1952. Parece que en efecto fue uno de los que entraron primero en el Palacio Quemado, tras la dispersión del ejército, en ese año. Una circunstancia excepcional cambió su vida entera. Después de la reorganización del ejército, Barrientos fue enviado, quizás por su militancia movimientista previa, primero a Italia y después a Estados Unidos, para entrenarse en el manejo de aviones de combate. Su instructor fue el entonces Liutenant Edward Fox, el mismo que reclutó a Arguedas como agente de la CIA, según el famoso testimonio, y sin duda uno de los más importantes integrantes de la inteligencia norteamericana en el 4 de Noviembre. Fox tenía en lo oficial las funciones de Agregado de Fuerza Aérea a la embajada, desde 1963. Barrientos acabó también haciendo amistad, durante este entrenamiento, con el general Curtis Le May, que fue jefe de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en el período al que nos referimos y después candidato a la vicepresidencia detrás de Wallace, en la formula fascistoide de 1968, Le May tenía opiniones tan jugosas como que los comunistas habían usado la fluorización del agua para disminuir la potencia sexual de los norteamericanos. Era por lo demás, partidario del uso inmediato de armas atómicas en Vietnam. Con tal oligofrénico auspicio, Barrientos fue cuidadoso en asimilarse al modo de vida americano, para lo cual favorecía su aspecto físico y se dice que una gringa, mujer de uno de los jefes del campo, dijo en una fiesta, para hablar bien de él, "que parecía americano", lo que motivó algunas sonrisas latinoamericanas.

derado de Pillapi despojando a los indios en el tiempo de Montes, se las había ingeniado como para ser a la vez empleado del Punto IV, es decir, de la embajada de Estados Unidos, presidente de la empresa editora *El Diario*, que expresaba la opinión oligárquica superstite y nada menos que oficial en servicio activo del ejército. Barrientos era un hombre intelectualmente insignificante y de una personalidad que sólo adquirió cierta relevancia brutal con el poder; en aquel momento hacía casi un culto de su propia indefensión psicológica y esto servía para gratificar a Paz, que se complacía en hacer sentir su superioridad sobre el oficial. Pero Barrientos estaba dotado

Una inexplicable campaña de promoción de Barrientos se desató tanto en los periódicos locales como en la propia prensa norteamericana. Drew Pearson escribió largos artículos sobre su coraje y el Time lo llamó ya el "Steve Canyon de los Andes" pero la clave de su súbita e incontenible aparición política fue el plan militar llamado de Acción Cívica, que fue financiado por el gobierno de Estados Unidos a partir de 1960. "En 1960, en una conferencia de jefes de fuerza aérea sostenida en Buenos Aires bajo los auspicios de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, él (Barrientos) fue uno de los primeros jefes de las fuerzas aéreas latinoamericanas que respaldó la idea de una Acción Cívica", ha escrito Brill. Normalmente, los americanos usaban su ayuda o las derivaciones de su ayuda con un sentido imperialista: no sólo en lo grueso, como la estabilización monetaria, sobre la que queda poco por decir, pero también en lo específico, cuando con burdos prestamos atados, trataban de obligar al país a monopolizar su comercio en el sentido americano o cuando obligaban a la contratación de empresas americanas para los caminos o para la provisión de equipo, como en el Plan Triangular. Los fondos de contrapartida de la ayuda de alimentos, aunque sirvieron para una campaña contra el MNR, resultaron en verdad un considerable refuerzo de la burguesía comercial lugareña pero el Plan de Acción Cívica, que ni siquiera se tomó el trabajo de cambiar el nombre cuando se lo usaba en uno u otro país, consistió ya en una penetración concreta en el ejército, lejos del asesoramiento militar, así como, a la vez, en una manera de penetrar con el ejército, al que Abril no le había dejado sino, un vago oportunismo, en los sectores más atrasados y difusos de la Revolución, que eran los campesinos. Abandonando casi de inmediato a la toma del poder por los militares, el Plan de Acción Cívica sirvió sin embargo para construir quizás una decena de escuelas ínfimas, algunas canillas de agua en los pueblos mayores y la especie estruendosa de liderazgo campesino de Barrientos, que murió repartiendo sumas pequeñas de dinero a comarcas miserables y a quien bastó con comprar algunos dirigentes y prometer pequeñas obras públicas aldeanas para anunciarse como el emisario de las masas descaudilladas del campo, añagaza que fue otro de los grandes juegos de luces de aquella propaganda desatada.

El programa fue encomendado al coronel Julio Sanjines Goitia, en su calidad de empleado de USAID (Punto Cuarto), que se había refugiado en la burocracia de la embajada americana para protegerse de las persecuciones de la Revolución que, en esa condición, llegó a disponer de fondos a sola firma. Sanjines Goitia se parecía a Dios en que estaba en todas partes. Era director del Plan de Acción Cívica y, por eso, funcionario oficial de la embajada norteamericana aunque había sido dado de baja, aquella situación no le impidió ser reincorporado al ejército y gozar del status de oficial en servicio activo, por lo que tenía un cargo importante en la Escuela Militar de Ingeniería; finalmente, cuando el proceso maduró

de una salvaje audacia; su instinto le llevaba a seguir de un modo elemental y sin dubitaciones a los norteamericanos y su propia insensibilidad frente a las cosas que era fruto de su desgraciadísima vida personal le hacía actuar con una especie de poderosa falta de escrúpulos frente a todo lo que sucediera. Sólo el grado de destrucción moral y de sistemática abolición de la memoria histórica en el ejército, sumadas a la mediatización del campesinado, la corrupción de la pequeña burguesía (que era la forma que tomó la acumulación capitalista) y la ruptura con la clase obrera, podían hacer posible la aparición de un tipo de personaje inferior como éste. Pero aquí también se ve cómo, en la historia, el trato con la grandeza -lo había estado, con la Revolución- no inmuniza a los sujetos respecto a la acción posible de los individuos elementales. Fueron los servicios de inteligencia norteamericanos los que montaron las campañas políticas de Barrientos, primero como vicepresidente de Paz Estenssoro, después como jefe del golpe que derribó al MNR, luego como copresidente junto a Ovando, finalmente como dictador de Bolivia. Les costó poquísimos trabajo, en verdad, organizar manifestaciones con el lumpen de La Paz o utilizar el Plan de Acción Cívica para ir comprando uno a uno a los dirigentes campesinos, que ya estaban, por lo demás, comprados por quien quiera.

XXIX.- MISERIA CAMPESINA

En todo caso, el régimen de Barrientos se fundó en lo que se bautizó

lo necesario, fue designado presidente del directorio de El Diario, el periódico más importante de Bolivia, que de pronto se acordó de que ambos eran familiarmente de origen liberal. Este Sanjines Goitia era una suerte de "pure sang" de la oligarquía pero su posición dentro de la sociabilidad boliviana no se remontaba sino al tiempo de los grandes despojos de tierras a los indios, en el tiempo de Montes, como por lo demás, toda la oligarquía, que sólo excepcionalmente retrocede en sus genealogías mucho antes de Melgarejo, que hizo lo mismo que Montes. Son famosas las instrucciones de Montes que hablaban de "que los disparos se harán siempre sobre blanco seguro" operación militar con la que acabo dueño de la península de Taraco y el general Sanjines, padre de Julio, de un latifundio en Pillapi, muy cerca de la anterior. Naturalmente, Sanjines Goitia perdió sus tierras con la reforma agraria de 1953. Despojado del uso de sus charreteras y convertido en algo así como réprobo no invitado a la gran fiesta de los pongos, Sanjines, que compartía la pobreza cultural de toda aquella clase alta amancebada por la ideología del Colegio Aleman que hasta lo último, como prueba de su esprit, no atinaba a ofrecer otra cosa que tragos largos acompañando la bulla de las marchas prusianas, era sin embargo un hombre mejor avisado y, sin duda, una inteligencia mucho mejor organizada que la de Barrientos, que no valía plata. No en balde, según recuerda el clásico golpe de Estado, el político francés decía que no le gustaban las "ballonetas inteligentes". Así como El Diario recordaría urgentemente el liberalismo del tata, Sanjines a la hora de su desventura general, privado a la vez de tierras y de uniforme, trajo a mientes el recuerdo de sus días de West Point. Un gamonal en busca de trabajo lo encontró -y también un destino- en la embajada norteamericana, para la que resultó un hombre invalorable.

como "pacto militar-campesino", es decir, entre el sector menos politizado del movimiento democrático y el sector de la burocracia estatal más penetrado por el imperialismo. Demuestra ello sin dudas hasta qué punto los campesinos se habían convertido en el núcleo conservador del país, en su calidad de productores independientes. Es cierto que Barrientos tuvo que dar un golpe de mano dentro del propio ejército para imponerse y que tuvo que sorprender, complotando, a la propia corriente ovandista, que contenía otras tradiciones. En todo caso, por la vía de la reforma agraria, veinte años después, cada sayaña se convirtió en una suerte de fortaleza donde se defendía la revolución tal como era, es decir, como revolución burguesa y no se puede negar que estos hombres defendían, de esa manera, lo principal de lo que había ocurrido, que consistía en que, lo que tenía que ocurrir, debía hacerlo por primera vez con ellos dentro de la historia.

Venía a practicarse lo que había sucedido en tantas partes del mundo antes: la constitución de un vasto sector pequeño burgués en el campo, es decir, de un sector de productores independientes y concurrentes al mercado resulta favorable al capitalismo. Pues el modo de producción que componen no es viable por sí mismo, sin embargo, proporcionan un sector industrial de reserva autosostenido, base social para un proyecto que no es el suyo y también, por último, lo que era fundamental entonces, estabilidad política. Pero eso no puede durar sino lo que la propia propiedad independiente es lo que debe dar lugar a la alianza con los obreros y entonces el del campesinado se convierte otra vez en un papel revolucionario, porque aquí hablamos ya del explotado asalariado de la tierra, etc. Pero lo que vemos ahora en el momento de Barrientos, es la miseria del explotado. Es el explotado el que es la base del poder de los explotadores; la burguesía jamás habría podido realizar su acumulación en condiciones de paz política si no existía aquel amplio sector de los pequeños productores que, aunque explotados por la vía del mercado, sin embargo se sentían contentos con lo que tenían. Esta casta, la de la clase dominante resurrecta en su forma burguesa, que los había maldecido mil veces, que los maldecía ahora con los ojos y con las manos, tenía que presentarse no obstante -a falta de vitalidades propias- un hombre nacido de la resaca de la vida del pueblo, como Barrientos, para personificar su nuevo poder formado en la lucha contra los obreros y se veía obligada a adular a los mismos que aborrecía con su ser entero. La composición de la psicología de Barrientos, que era sin duda la de un rencor general contra la vida, Henderson, presionando para el ingreso de los militares a los distritos mineros, Barrientos, el elegido de Le May, vistiendo uniforme de paratrooper para la "expedición" contra los mineros, todo, en fin, está hablando por sí mismo de quién es la nación en esta hora.

XXX.- LA CORRUPCION, CONSIDERADA COMO MEDIACION ESTATAL

En su momento, el imperialismo norteamericano había tenido - con Paz Estenssoro, con Siles Zuazo - que trabajar con el nacionalismo en su fase claudicante. Pero ahora tenía a un agente propio en el poder. Pues bien,

con el fundamento dado por el pacto militar - campesino cuya *conditio sine qua non* era el arrasamiento del movimiento obrero, el imperialismo realiza, mediante Barrientos, su plan, que consistía en la ocupación de todos los sectores estratégicos de la economía y en acelerar, ya sin obstáculo alguno, la acumulación burguesa en los sectores no centrales, en especial, en el área de Santa Cruz y la minería mediana. Sin embargo, esto mismo, ya acompañado de ciertos cambios cualitativos en el manejo del Estado. Al mismo tiempo que se intenta, con las matanzas, la disolución política de la clase obrera (hecho posible, por el momento, porque había quedado aislada, a causa de la conformidad campesina y porque la pequeña burguesía urbana se había hecho conservadora), Barrientos implica el desplazamiento de los sectores que podemos llamar estatistas tanto de la burocracia civil como de la militar. Al principio, se podía decir que, con Barrientos, simplemente el aparato estatal pasaba de manos de la burocracia civil (el MNR) a la militar y eso es, en efecto, lo que representó la difusa fase del cogobierno Ovando - Barrientos. Pero donde primero penetró la ideología del imperialismo y su sistema de seguridad fue en el ejército. Por eso, aunque en las apariencias ambos personajes contenían lo mismo, con todo, el tiempo iba a dar a cada uno un diferente perfil. Mientras Barrientos vive y muere como un puro agente de penetración norteamericana y jamás hace algo que contradiga a los planes norteamericanos en el país, Ovando compone ya la manera de lo que Hegel llamaba una conciencia desdichada. Vamos a ver en su momento por qué. En todo caso, parece evidente que el proyecto norteamericano para Bolivia consistía en suprimir sus focos de independencia clasista o democrática política, como los mineros y la izquierda como tal, y construir una dictadura a la manera de las de Trujillo, Somoza o Strossner. Barrientos, en efecto, comprometió en gran escala al ejército y sus aláteres en actos de corrupción en lo que no podía interpretarse sino como el uso consciente de la corrupción constituida en una forma de mediación estatal. Bien puede uno preguntarse cuándo es eficaz la corrupción y cuándo no lo es. En principio, se diría que la corrupción es eficaz en la medida en que no contraría la tendencia estructural del proceso histórico sino que la completa. Es como la demagogia o como la misma represión; son válidas en la medida en que no violan las leyes tendenciales de la historia. Esto es lo que puede explicar por qué la tortura, por ejemplo, puede tener ciertos éxitos por lo menos temporales en algunos países del continente y no los tuvo en Vietnam o Angola. Es decir, que lo que importa en último término es el cuadro o contorno social de la corrupción, de la demagogia o de la tortura. Los norteamericanos, empero, en lo que es una verdadera concepción estatal, suelen dar un carácter de universalidad relativa a la cuestión del método (represivo o ideológico) y es lo que intentaron hacer también en Bolivia. Su razonamiento era sencillo: es un pequeño y atrasado país en el que nunca ha existido nadie capaz de utilizar con eficiencia la función estatal. Esto es resultado del atraso y de la estructura, que conduce sólo a profundidades que no interesan; se debe trabajar con la funcionalidad de las cosas y no con su causalidad estructural. Es un esquema que tratarán de repetir con Bánzer. El aparato de control e inteligencia se modernizó, en efecto, y pasó a manos de agentes directos de los organismos norteamericanos, agentes bien entrenados, no importa si bolivianos o no. Por medio de Ba-

Si nos atenemos, por ejemplo, al testimonio de Debray, quien, después de todo, estuvo allá, no avanzamos demasiado. "Che -escribe- no pensaba en Bolivia sino como una plataforma de partida para el Perú"; "La estrategia del Che no tenía a Bolivia como blanco. Ni siquiera como objetivo primero"; "no tenía como objetivo inmediato la toma de poder, sino la construcción previa de un poder popular materializado por su instrumento de acción, una fuerza militar autónoma y móvil"; "el foco boliviano funcionaría entonces como un centro de adiestramiento militar y de coordinación política de las diversas organizaciones revolucionarias nacionales de América Latina"; "transformar ulteriormente a Bolivia en una vasta base de retaguardia"; "La proximidad (o la apariencia geográfica de proximidad) de la frontera argentina era es cierto, un atractivo poderoso para el Che, ventaja que las otras zonas consideradas no ofrecían"; por el otro lado; "Bolivia es un país donde se dan favorables condiciones objetivas y subjetivas, el único país de América del Sur donde la revolución socialista está a la orden del día."(22)

La suma de estas aseveraciones es incoherente. Si la estrategia no contempla a Bolivia ni siquiera "como objeto primero" no se sabe qué se hacía allá; es obvio que es el país peor colocado para servir de retaguardia a nadie y, si se pensaba en lo dicho por Debray, se habría tratado del campo de adiestramiento más peligroso del mundo. Por otra parte, ni el Perú, ni la Argentina estaban tan cerca como para llegar a ellos sin vencer a una geografía brutal y al ejército entero ni, por último, se puede entender por qué no había interés en tomar el poder puesto que todas las condiciones objetivas y subjetivas estaban dadas para la revolución socialista. Esto es absurdo. El análisis del país como tal, del Estado construido en 1952, de las clases sociales en su momento específico y del propio aparato represivo era sin duda falso desde el principio, sea que nos atengamos a lo que dice Debray o a la misma práctica política de la guerrilla. Bolivia, desde luego, no tenía condiciones objetivas ni subjetivas para encarar en ese momento la revolución socialista; todo lo contrario, vivía las consecuencias de su revolución burguesa. En lo que es aparente, la guerrilla esperaba un apoyo espontáneo de las masas, sea por las tradiciones espontaneístas de las masas bolivianas o porque, en un acto de supresión que es casi psicológico, pensaba que la defección del MNR implicaba a la vez que la revolución democrático-burguesa no había existido jamás. Suponer, por otra parte, que el Estado boliviano era en lo objetivo lo que Barrientos era en lo subjetivo era una locura. En los hechos, la clase obrera (aunque llegó a dar su apoyo relativo a la guerrilla, como acto de lucha contra la dictadura) pugnaba por salir del sindicalismo hacia el partido obrero y del espontaneísmo hacia la lucha organizada de masas; el campesino, no solo era una clase tranquila, es decir, aquella en la que se reunían sus aspiraciones y sus conquistas, sino que era también, a su modo, una clase organizada, aunque su organización la colocara en conexión directa con el Estado y a sus dirigentes como funcionarios o mediadores, hecho posible sólo por su con-

(22) Debray, "La guerrilla del Che", Mexico, Siglo XXI, 1975, pp. 38, 69-70, 75, 82, 84 y 39. Un libro sin duda más útil para conocer los recovecos de la cabeza de Debray que para saber de la guerrilla del Che.

Barrientos, agente él mismo, se tendió la celada a los altos oficiales y también a todos cuantos tuvieran alguna significación de la corrupción, que aquí ya no funcionaba como una mera jarana de país subdesarrollado. La gravedad de los actos de corrupción es lo que condujo a la serie de asesinatos de encubrimiento que se prosiguieron en tiempo de Ovando hasta acorralarlo, como recordando un compromiso de poder que sólo hubiera podido ser disuelto por la convocatoria a las masas, que Ovando no estaba interesado en realizar. En esas condiciones, Barrientos estaba habilitado para dar su propio golpe de mano a fin de concentrar el poder en torno suyo y, por eso hacia 1966 digamos, el país parecía estar en sus manos. Es la misma época en la que se prepara la guerrilla de Ñancahuasu.

XXXI. ÑANCAHUASU

Las incidencias mismas de este episodio son demasiado conocidas para que valga la pena repetir las acá. Si el movimiento obrero, no importa si lechenista todavía o no, último baluarte de las conquistas de 1952, había sido arrasado con las matanzas de 1965; si el partido populista (el MNR) se veía condenado a la dispersión que era natural luego del derroche que había hecho de su poder; si el campesino se mostraba receptivo a la mediación reaccionaria que había sobre él Barrientos; por consiguiente, parecía lógico intentar romper por la fuerza un encierro que se había establecido por la fuerza. Se podía pensar que había llegado el momento de sintetizar la corriente revolucionaria continental, generada por la Revolución Cubana, y la tradición revolucionaria local, factores que, a primera vista por lo menos, debían ser coincidentes. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces no se conoce cuál era la visión de las cosas que tenía el movimiento guerrillero ni cuál era la estrategia que se fijaba. En principio, como se ha dicho, se trataba de un proyecto continental pero esto mismo no puede haber sido pensado en terminos tan simples que implicarían ya la omisión del proceso de intensa diferenciación que habían vivido los países, su ritmo desigual. Es mucho más factible suponer que se partía de la idea de que el proceso revolucionario estaba subjetivamente intacto en las masas aunque traicionado en grueso en su fruto político desde el poder. Eso significaba que, si el MNR, movimiento inorgánico y difuso, había podido enfrentar con éxito al ejercito - en la guerra civil de 1949, en la insurrección de 1952 - no había razón alguna para que no pudiera hacerlo, con muchas más posibilidades, una guerrilla, superior, al MNR en lo militar y en lo ideológico.

Lenin gustaba recordar un aforismo de Napoleón; aquel que dice: "On s'engage et puis on voit", sin duda, para recordar que la táctica es un arte, en cuanto es una síntesis que no admite comprobación ex ante. Pero lo hacía después de haber escrito *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, con un partido que era la efectiva vanguardia de la clase obrera y que tenía un programa no sólo para su propia clase sino para todas las demás.

La definición del objetivo militar de la guerrilla queda siempre borrosa.

formidad esencial; el rechazo del status político generado por el 52 por parte de la pequeña burguesía, por último, no sólo no era un antecedente de la guerrilla sino que iba a ser sólo su consecuencia posterior y sólo en ciertos sectores. El ejército, de otro lado, no era el ejército de la oligarquía; era un ejército modernizado en su cualidad y hasta en su eficiencia, en tanto que el anterior, el que había sido vencido por el MNR, lo fue sólo después de la destrucción ideológica del Estado al que correspondía. Esto es lo que explica por qué las deserciones son tan ocasionales, por qué funciona en general con tanto éxito la línea de su autoridad, ahora mismo que en la batalla del 21 de agosto de 1971.

Con todo, la historia posterior ha demostrado que los factores pudieron no haber sido tan negativos en tanto cuanto la guerrilla hubiese logrado sobrevivir. Si se relaciona la historia de Ñancahuasu, por ejemplo, con la crisis de 1971 se advierte el papel de la guerrilla en cuanto a la elaboración subjetiva de esa crisis y también en su rebote objetivo, es decir, logrando aspectos que no habían pretendido. Si se conviene, por lo demás (aunque esto es objeto de otra discusión) en que el propio Estado de 1952 tiende a una crisis estructural, es indudable que el papel de la guerrilla pudo haber sido mucho mayor. Los sectores progresistas del ejército, por ejemplo, que después salieron a la luz con los gobiernos de Ovando y Torres estaban allá, al menos en potencia; la pequeña burguesía demostró en lo posterior su tendencia a la radicalización, aunque una radicalización deformada por la propia guerrilla; absolutizada por ellos como método; la clase obrera tuvo un despertar poderoso que se tradujo en la Asamblea Popular, en 1971. Pero la guerrilla, sin una base social previamente constituida, con la omisión de todos los principios marxistas sobre la clase y el partido, sin canales de comunicación con la población real, es decir, canales que fueran eficiente, para la política, tuvo que lanzarse de manera precoz a una ofensiva que se convirtió de inmediato en una desesperada defensiva sin margen de repliegue. Los mismos que quisieron construir una retaguardia Continental, no disponían aquí de la retaguardia más elemental. Auténticos héroes de la lucha social, su sacrificio, sin duda lleno de grandeza, abrió las puertas al sujeto verdadero de la revolución, que es la clase obrera, en este sentido, puede decirse que la experiencia pertenece a ese tipo de fracaso táctico que, sin embargo, son decisivos para habilitar la construcción de una estrategia correcta de la clase.

XXXII. EL SISTEMA DE MANO

Aparecía entonces Barrientos como un vencedor indiscutible. El imperialismo norteamericano, en la prosecución de su plan, intentó construir una leyenda en torno a su figura. La revista *Time* lo llamó el Steve Canyon de los Andes y Barrientos, ya en un tren de euforia total, bautizó al helicóptero que le regaló la Gulf con el nombre del caballo de Melgarejo, el tirano que asesinó a Belzú, (23) no contento con presentar a una de sus esposas legales

(23) *El mayor caudillo popular del siglo XIX boliviano.*

en La Paz y otra en Cochabamba, acabó por casarse con una tercera. Son las propias investigaciones del Senado norteamericano, las que han demostrado el papel de Barrientos en esta época, en cuanto a las donaciones de las empresas norteamericanas.

La destrucción del proyecto de Barrientos empezó, empero, con la discusión acerca de las materias primas, en una táctica que fue propuesta a la izquierda por Sergio Almaraz, que había sido fundador del PCB y después militante de la izquierda del MNR. El debate se localizó en torno a la cuestión del gas. Barrientos, tras los sobornos de la Gulf, había reinterpretado el Código del Petróleo aprobado por el MNR en sentido de que también comprendía al gas, aparte, de los hidrocarburos líquidos. A partir del gas, empero, se controversió todo aquello que Almaraz llamó el "sistema de mayo" o sea, el conjunto de entregas de los recursos naturales del país y escribió su magnífico libro, sólo impreso después de su muerte, *Réquiem para una república*. Esto penetró profundamente en el ejército, que había quedado desconcertado con su propio triunfo sobre las guerrillas y que no podía sino vivir con sufrimiento la hostilidad colectiva consiguiente a las matanzas de mineros y guerrilleros. La figura central de esta recomposición de fuerzas fue el general Alfredo Ovando.

Ovando mismo estaba amenazado por la expansión de la figura de Barrientos, tan premeditada por el imperialismo. Era sin duda un jefe mucho más natural de los oficiales y había logrado combinar un cierto institucionalismo prerrevolucionario con su primacía dentro del nuevo ejército. Barrientos organizó grupos paramilitares (que se reproducirían después en el continente) y preparó un San Bartolomé antiizquierdista. Con el pretexto de un atentado contra él, se aprestaba al asesinato de unos 300 dirigentes populares, que debía llevarse a cabo el 1º de mayo de 1969. Congruente era ello, sin duda, con el plan de la construcción de la dictadura de Barrientos. Con todo, existiera o no el proyecto (hay pruebas de que existió), el régimen terminó de modo abrupto - por la caída de su helicóptero - con la muerte de Barrientos, unos días antes de aquella fecha. La discusión acerca de si se trató de un complot o de un accidente es interminable. Resulta extraño que no se hiciera autopsia del cadáver ni que los jueces levantaran en el sitio las circunstancias del accidente presunto. Pero es evidente que ello coincidió con la concentración del poder en manos de Barrientos en su grado más alto y que la macabra lista aquella empezaba con los oficiales a los que consideraba sus rivales reales o potenciales, Ovando entre ellos.

XXXIII.- OVANDO, EL BONAPARTISTA

Era Ovando un militar inteligente, débil y asuto. Su historia misma es contradictoria: participó en lo que era una verdadera conspiración para la reorganización del ejército pero, al mismo tiempo, fue la cabeza del sector militar interior al poder del MNR; fue parte de la represión antiobrera y an-

tiaguerrillera del tiempo de Barrientos, incluso de aquel acto atroz que fue la masacre de San Juan y, sin duda, aceptó o fue parte de la corrupción como sistema de Estado, pero, junto con todo ello, hizo una conspiración nacionalista. El golpe de Estado que llevó a cabo con la complicidad de un sector de intelectuales de la pequeña burguesía nacionalista fue un ejemplo de la certeza con que Ovando se movía dentro de la nueva situación. El secreto y la manera expeditiva con que llevó a cabo la nacionalización de la Gulf se parece a la manera en que Nasser condujo la nacionalización del Canal de Suez y muestra el temperamento y raciocinio de un buen militar. Ovando burló a los norteamericanos a las mismas horas en que ellos habían penetrado hasta el último intersticio del país. Como todo, Ovando pensaba que la nacionalización de la Gulf, que sin duda contó con el respaldo unánime del país, le daba ya la base política para la constitución de un régimen de corte bonapartista que, bajo su mando, contuviera una alianza entre los oficiales e intelectuales racionalistas sin admitir la autonomía de las masas. Era una verdadera reivindicación de la fase culminante del poder del MNR y es lo que explica el que se apresara a Lechín casi al mismo tiempo que se nacionalizaba la Gulf. La clase obrera empero no pidió permiso a Ovando para imponer su legalidad y, por el contrario, le obligó a optar entre reprimirla o aceptarla. Ovando, que jamás desmontó el aparato barrientista ni la presencia norteamericana en el control de la inteligencia del país, dejó hacer a las masas; pero los sectores reaccionarios dentro del propio ejército lo fueron acorralando, en gran parte porque el pasado de Ovando tenía demasiado que ver con ellos sabían demasiado sobre Ovando como para que aquél no los temiera. Es por eso que su gobierno asume un carácter tan contradictorio, a la vez de actos atimperialistas como la nacionalización del Petróleo, de apertura política y de socapamientos de una larga serie de asesinatos vinculados a la historia de la corrupción en tiempo de Barrientos, así como de una matanza premeditada de los guerrilleros que habían iniciado acciones en la región de Teopante.

Estas presiones se concretaron en la conspiración que intentó poner en el poder al general Miranda, al mando de un triunvirato de posiciones ultra-reaccionarias. Pero en conato mismo demostró a dónde habían llegado las cosas en cuanto a la acumulación de conciencia en el seno de la clase obrera. Ovando se asiló a secas en la embajada argentina, en lo que se configuraba casi como un acto la complicidad con el golpe. Los obreros, empero, convocaron a la huelga general y Juan José Torres, el principal de los oficiales progresistas, se presentó en la base aérea de El Alto desde donde anunció su decisión de resistir a Miranda. La combinación entre ambos factores resultó decisiva y Torres devino presidente de Bolivia. Llamó a los obreros a participar en el gabinete en la misma forma en que lo habían hecho en tiempo del MNR, es decir, con parte de los ministros. La clase obrera, empero, al mismo tiempo que hizo posible el triunfo de la fracción progresista del ejército, prefirió organizarse con autonomía en el llamado Comando Político de la Clase Obrera, que poco después se convirtió en la Asamblea Popular, bajo su hegemonía. Cualquiera que fuera el grado de coincidencias ocasionales con los sectores democráticos del Estado burgués, la clase obrera era ahora consciente de que su deber era organizar su propia autonomía de clase y de que la ú-

nica democracia verdadera en la nueva situación debía consistir en darle el derecho de organizar sus propios órganos de poder. La capacidad de posibilitar el triunfo de un contragolpe sin participar en el golpismo, es decir, de asumir el modo local del cambio político y a la vez de desarrollar sus propias formas de lucha, pero ahora mucho más allá de todo modelo espontaneísta, estaba demostrando una fase superior en la formación del proletariado. Es en esas condiciones que se llegó a la crisis estatal de 1971.